



harlem story

CURTIS GARLAND



HARLEM STORY

PR Nº 596

Autor: Curtis Garland

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LOS instrumentos fueron diluyendo sus notas calientes y melancólicas, en un silencio casi religioso. El saxo, el clarinete, e incluso los acordes en el teclado del piano fueron en un descenso paulatino hasta el silencio absoluto, sobre el que la voz cálida y profunda de Sugar Creole se quedó en solitario, terminando sus bines, eternos como el dolor mismo de su raza:

*...Cuando se retiraron las aguas
tuve que hacer mi hatillo y marcharme,
porque mi casa estaba en ruinas
y era inhabitable para mí...*

Los Back Water Blues tenían una especial ternura, un desgarrador aire de lamento y de plegaria, en los labios carnosos de aquella mujer joven y hermosa, de piel de ébano, ojos grandes y tristes, y cuerpo escultural, como el de una diosa oscura y sensual.

Finalmente, todo fue silencio. Incluso la voz, en un apagado, largo murmullo cadencioso, que se respetó en medio de un silencio electrizante, llegó a su término, en un hilo de sonido ya inapreciable, y que terminó por extinguirse.

Después, se encendieron las luces del Old Jazz Club. Los músicos, sudorosos, reposaban apoyados en sus instrumentos. Su piel negra brillaba intensamente, como ónix tallado con facciones trémulas y emocionadas, a causa de la tenue capa de transpiración.

Hubo un estallido de aplausos en la «cava» de música negra. Sugar inclinó la cabeza, con su denso, rizado cabello, como un amplio halo en torno a su rostro. Un asomo de sonrisa animó su faz

impasible, habitualmente grave y abstraída.

Luego, se retiró de la tarima, en tanto los músicos iniciaban un ritmoailable, que agitó los cuerpos enjutos de los asistentes de ambos sexos, en una rítmica, cálida danza racial.

Sugar Creole ya no estaba en la sala de techo bajo, de iluminación tenue e indirecta, de ambiente cargado, humeante, con olor a transpiración de piel y a bebidas alcohólicas. La joven cantante había desaparecido, entre las cortinas escarlata del fondo, agitadas aún tras su mutis callado. Todavía quedaba en el aire el eco de su perfecta actuación ante su público en aquella «cava» del corazón mismo de Harlem. En plena Lenox Avenue, arteria vital del Harlem negro, que compartían en gran parte con puertorriqueños e italianos.

Sugar era un ídolo para su público. Y en realidad, también para los espectadores de raza blanca de todo Nueva York. La televisión, consciente de su categoría dentro de los *spirituals*, los *blues* y el *soul*, había firmado con ella un contrato para exhibirla en un programa en cadena, justamente para la siguiente semana. Pese a su gran juventud, Sugar podía llegar a ser la nueva Ella Fitzgerald, según el juicio de muchos severos críticos de diferente raza.

Satisfecho, oronda su figura de complacido empresario, Fats Carter cruzó la sala, dando chupadas a su cigarro virginiano, centelleantes en sus oscuros dedos rollizos los diamantes y el oro de sus anillos presuntuosos. Los ojillos estrechos eran casi tan brillantes como aquellas gemas que eran su debilidad de siempre.

—¿Y Sugar? —indagó, presuroso—. Necesito verla enseguida. Esta noche viene el comisionado Robeson. Ha anunciado que estará aquí a las once y media. Sugar debe hacer para él una actuación especial.

—Lo dudo —meneó la cabeza negativamente el veterano Be-Bop Davies, sin dejar de tocar al piano la versiónailable de *Summertime* que estaban interpretando ahora—. Ya sabes cómo es Sugar. Creo que esta noche tenía que ir con su novio a alguna parte. Dirá que no.

—No me importa lo que diga. Cobrará doble. O triple. Pero tiene que actuar a las once y media. Aunque sólo cante dos o tres números. Al comisionado no se le puede dejar defraudado en un día así. Acaban de darle el nombramiento oficial. Y al primer

comisionado de nuestra raza que va a haber en Nueva York valdrá la pena que se le hagan los debidos honores. Hay que tener en cuenta que él defenderá nuestros derechos en el futuro, dentro de esta cochina y sucia jungla de asfalto en que nos ha tocado vivir, Davies.

—Dile todo eso a Sugar, pero dudo que la convenzas..., aunque quizá lo haga el dinero, si realmente le ofreces triple del sueldo habitual. Ya sabes: a ella le interesa el dinero, y en eso se parece a ti, a mí y a siete millones novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve almas de los ocho millones que, oficialmente, tiene esta ciudad. No se le puede reprochar demasiado, por lo tanto.

—Me gustaría saber quién es la excepción a quien no le gusta el dinero, en todo Nueva York, según tú —refunfuñó, de mala gana, Fats Carter.

—Un recién nacido —rio entre dientes Davies, adornando con florituras de su teclado mágico la melodía eterna de Gershwin. Luego, meneó otra vez la cabeza rizada y añadió, con pesar—: Hablando en serio, Fats; creo que perdemos definitivamente a Sugar.

—Sí, eso me temo —aceptó, pesaroso, el empresario del Old Jazz Club—. La televisión, la fama, los posibles contratos futuros... Es ley de vida, Davies. Pero eso, aunque me disgusta como empresario, me complace como persona amiga de Sugar. Yo la lancé. Ella ahora ve ante sí el mundo entero, abierto a su arte y su temperamento. Hará bien en aprovechar su ocasión. Pero quiero que hoy no me falle. No esta noche, cielos. El comisionado merece una atención, especialmente de nosotros, sus hermanos de raza.

—Pues ve a decírselo a ella antes de que se vaya —silabeó el pianista—. La oí decir que se marchaba con ese chico con quien espera casarse...

—¿Mezz Malone? —refunfuñó Fats Carter, ya alzando la cortina roja del fondo.

—Sí, Mezz Malone —convino el pianista, continuando con *Summertime*, desgranado ágil y sentidamente en el teclado de aquel instrumento del que él era un auténtico virtuoso.

La cortina roja cayó. Carter había ido en busca de Sugar Creole.

Pero no la encontró en su camerino. Ya se había marchado,

precipitadamente, tras tirar su rutilante vestido de actuación, el mismo que se adhería prietamente a sus curvas llamativas, allá en el tablado del club. Incluso las luces del camerino había dejado encendidas, en su precipitada marcha.

—Oh, no, ella no puede hacerme eso... —se quejó, sudoroso, corriendo todo lo que le permitía la enorme obesidad que le diera nombre (1), hacia la salida posterior del local, la que utilizaban artistas y empleados habitualmente.

(1) Fats significa «gordo». Es apodo bastante común entre las personas de color, especialmente las relacionadas con la música de jazz.

Llegó tarde también. El conserje negó, moviendo pensativo su cabeza de cabello rizado, encanecido, y poniendo en su rostro taciturno, de posible trabajador del algodón, allá en su juventud, en Louisiana, un gesto de indiferencia:

—Lo siento, patrón. La chica se marchó ya. Dijo que la esperaba su novio...

—¡Su novio! ¡Maldito sea...! —Carter corrió a la calle, asomó a ella, enjugándose la copiosa transpiración de su oscura piel con un pañuelo nítido, blanquísimo—. ¡Esa chica...! ¿Dónde diablos puede haberse metido ahora?

—La vi salir a la calle, e irse hacia abajo —señaló el conserje en la dirección mencionada—. Al parecer, él la esperaba por allí...

Fats Carter se encaminó, resoplando, en esa dirección. Pero no estaba seguro de hallarla ya.

Y no la halló.

Lo peor es que ya no la hallaría nunca. Jamás volvería a ver viva a Sugar Creole, la joven, bella y prometedora estrella del ritmo negro.

Ni él ni nadie.

* * *

Sugar tenía miedo.

Cuando menos su mirada expresiva, profunda, oscura y centelleante reveló ese miedo apenas enfiló el corredor largo, iluminado con tubos fluorescentes, de un lívido azul, camino de la salida posterior del Old Jazz Club de Lenox Avenue.

Y esa expresión respondía a sus sentimientos en ese instante. Ella estaba realmente asustada. Y tenía razones para ello.

Auténticas, hondas, tremendas razones.

Las razones por las que abandonaba tan rápidamente el club. Las razones por las que había citado, con frenéticas prisas, urgentemente y por teléfono, a su joven prometido.

Esperaba que él pudiera ayudarla en aquel trance. Era la única persona en quien confiaba. La única que podía aconsejarla, a la vista de los motivos que provocaban su terror. Y esperaba que lo hiciese lo antes posible. Que acudiera a la cita convenida, pese a las dificultades de orden personal que aseguró tendría para acudir a tal llamada.

Sugar Creole cruzó ante la cabina del viejo conserje, saludándole preocupada. Él le preguntó, cortés:

—¿Ya se marcha, Sugar?

Ella respondió, presurosa:

—Sí. Mi novio me espera. Buenas noches.

—Adiós, Sugar...

Ella se perdió en la calle. Los ojos pensativos del viejo conserje la siguieron con interés. La figura esbelta, arrogante y agresiva de la hermosa muchacha de color, siempre provocaba interés en un hombre, no importaba cual fuese su edad. Su alta y cimbreante forma, era como un imán para las miradas masculinas. Sugar era una estatua viviente de ébano cálido, sensual y palpitante.

A pesar de que ahora sentía miedo, continuaba su caminar gracioso, pura armonía de líneas y vibraciones. Calle arriba, por el Harlem caliente del largo verano húmedo de la ciudad de los rascacielos.

No vio a Mezz por parte alguna. Era extraño. Ya debería estar allí, con su coche de segunda mano, aparcado en cualquier punto cercano al club. Miró su reloj de pulsera. Era más tarde, incluso, de la hora citada por teléfono. Había tardado en salir del local. Y, aun así, Mezz no estaba.

La noche de Harlem no era solitaria ni silenciosa. Se percibía música de radio, televisión o tocadiscos por las ventanas abiertas al calor veraniego. Se veían gentes de color, de ropas claras, tomando el escaso fresco nocturno en las aceras, entre parpadeos de luz de locales abiertos. Y, aun así, Sugar se sintió sola. Tremendamente sola en medio de toda aquella gente que la rodeaba. Como si no hubiera nadie en las calles. Como si no se percibiera ruido alguno

en torno suyo. Como si estuviese sola. Perseguida por un peligro mortal. Por el peligro que provocaba su miedo...

—Sugar...

—¿Sí? —se volvió con sobresalto al oír la voz.

Era Buddy, el joven botones del Hot Club, donde Mezz actuaba como maître y pianista-animador a la vez. Le había visto otras veces. Espigado, muy moreno, de pelo muy rizado y ojos muy grandes. La miró, sonriente.

—Sugar, te traigo un encargo de Mezz —dijo el muchacho.

—¿Un encargo? —los ojos oscuros, vivaces, de Sugar Creole miraron en torno, inquietos—. Yo le esperaba a él, Buddy...

—Lo sé. Él me lo contó, Sugar. No ha podido venir. Parece que surgió un compromiso a última hora... Bueno, él escribió una nota y me la ha dado. Aquí la tienes, Sugar.

Le tendió un pequeño sobre color crema, con el membrete del Hot Club. La mano de Sugar, mano morena y de largos dedos bien arreglados, temblaba al tomar la misiva. No era aquello lo que había esperado. Dio a Buddy las gracias brevemente. Y él se marchó con paso rápido, antes de que ella leyese el mensaje.

Rasgó el sobre, preocupada su expresión. Leyó. Sus ojos pestañearon, acongojados. Miró en torno, inquieta como nunca. De alguna ventana llegaban las notas de un perezoso *blues*, transmitido por algún aparato de alta fidelidad. Una muchacha de piel lustrosa pasó riendo, colgada del brazo de un joven mulato de traje beige, liviano. Se perdieron en el interior de un cinematógrafo donde representaban *Porgy and Bess*. Sugar estrujó el papel entre sus dedos mientras caminaba calle arriba. Taconeaba con impaciencia, con rapidez, casi con ira. Bajo sus tacones, el asfalto sonaba sordamente, y los metales de las tapas de alcantarillado, con repentina estridencia metálica, sonora.

Dobló la esquina cercana. Tiró el papel con disgusto y la bola de color cremoso rodó, saltando sobre la reja de un respiradero del Metro, para ir a detenerse junto a un recipiente de basura de un cercano callejón, junto al solar actual donde antes estuviera el viejo Emporium Cinema, el de las sesiones continuas con varios filmes, siempre de intérpretes de raza negra, con un fin de fiesta a base de un show por figuras caducas o ignoradas del arte musical negro. Todavía no habían empezado a edificar el núcleo de apartamentos

anunciado en un gran cartel publicitario, junto a la imagen de Diana Ross, la de las *Supremes*, pregonando las excelencias de cierto dentífrico que hacía «más blancos los dientes, sobre el moreno del rostro de las hermosas mujeres de color».

Sugar pasó junto a los cascotes, basuras y desperdicios del solar. Su taconeo era cada vez más rápido. Aquella zona aparecía desierta, pero era la última hasta llegar a la parada del autobús, de los taxímetros o del Metro. Solamente un centenar de yardas de calleja desolada, iluminada solamente por dos farolas de alumbrado y por las luces de los cartelones publicitarios entre las ruinas del solar.

Estaba furiosa por causa de Mezz. Entendía que pudiese tener dificultades para dejar el club. Era importante allí, y pudieron necesitarle con urgencia, pero él sabía que también ella le necesitaba. Se lo había dicho telefónicamente. Era urgente. Era importante. Existía un peligro contra ella, y lo sabía. Se lo mencionó a Mezz, aunque él no pareciera concederle demasiada importancia, incluso comentando, con volubilidad, que una chica tan bonita como ella siempre peligraba en las calles de la ciudad.

Cuando viese a Mezz en el club, iba a reprocharle aquella indiferencia ante un peligro auténtico. Un peligro contra su vida, que podía materializarse en cualquier momento. Incluso ahora...

Miró, aprensiva, en torno suyo. Le hubiera gustado ver allí ventanas abiertas, gente en las puertas, oír más cercano el ruido de las músicas negroides en los receptores dispersos en las viviendas de Harlem. Pero no había nada de eso en la calleja. Solamente un alto muro de ladrillos rojos. Y el solar...

El solar.

De repente, tuvo la intuición súbita de que no se hallaba sola en aquel sector silencioso y desierto. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, y cosquilleó heladamente en su nuca. Su rizado cabello, tan similar al de Angela Davis, pareció erizarse más aún, como agitado por un trallazo gélido.

Estaba segura. Unos ojos se clavaban en ella, desde alguna parte.

Tuvo un deseo irrefrenable de correr, de evadirse de allí en alguna forma. Sus pies vibraron, ansiosos de lanzarse en una carrera salvadora, pero aún había demasiada distancia hasta el final de la calleja. Si realmente era vigilada, si intentaba huir... no sería difícil para un hombre darle caza en aquel trecho. Los tacones altos de sus

zapatos serían un obstáculo para su carrera.

Apresuró el paso, sin embargo. Y enseguida supo que había cometido un error.

Hubo un roce entre las ruinas del solar. Alguien se movió allá, tras los cascotes y desperdicios. Rodaron piedras y latas vacías. Sugar gritó. Y echó a correr, perdida la serenidad por completo.

Una sombra se despegó de la penumbra del solar. Se precipitó tras ella. Sugar giró la cabeza, gritó, aterrorizada... y sintió que uno de los tacones de sus zapatos se quebraba, con un crujido, al hundirse entre los barrotes de un respiradero de calefacción. Perdido el equilibrio, Sugar Creole cayó de bruces. No pudo desprenderse de donde se quedaba aprisionada. Agitó su pierna libre con desesperación. Pero eso no resolvió su angustiosa situación.

Y una figura de hombre se inclinó hacia ella, unas fuertes manos nervudas, oscuras, se acercaron a su garganta. Chilló de nuevo Sugar, desesperada. Eran manos oscuras, de su propia raza. Manos de hombre, grandes y amenazadoras...

Un rostro espantable, feo y torvo, sudoroso, se acercó a ella, con un jadeo...

Sugar cerró los ojos, invadida por el pánico. La voz del hombre, ronca, le llegó, con tono casi patético, emocionado:

—Señorita... ¿Qué le sucede? ¿Por qué se asusta? John Hot King no quiere hacerle daño, señorita... Sólo pretendo ayudarla...

—Ayudarme... —susurró ella, incrédula, mirando con inquietud ahora al hombre tembloroso, viejo y vigoroso, que intentaba mover su cuerpo y hundía en su piel tersa los dedos nervudos, capaces de estrangular con suma facilidad... Añadió, indecisa—: ¿No..., no va a hacerme ningún daño?

—¿Daño yo, señorita? Soy John Hot King, ya se lo dije... —balbuceó el hombre—. Nunca haría daño a una hermosa criatura como usted... Venga, la ayudaré a incorporarse...

Y, realmente, era lo que parecía estar haciendo ahora el hombre de rostro barbudo, de vello canoso sobre el rostro negro y brillante, bajo el cabello también rizado y blancuzco como salpicaduras del lejano algodón de las plantaciones sureñas, allá en las riberas del viejo Mississippi... Ayudarla a incorporarse, manejar su cuerpo dúctil y sensual con delicadeza paternal. Sin procacidad, sin

obscena malicia...

Atrás, en las sombras, en la calle angosta, entre el alto muro de rojo ladrillo oscuro y los cascotes y cubos de desperdicios del solar del viejo Emporium, unos ojos malignos, unas manos enguantadas, asistían como mudos testigos a la escena...

* * *

Lester Wade se detuvo en seco.

El grito fue largo, espeluznante. Capaz de helar la sangre en las venas incluso a una persona como él, habituada a mil y un problemas diversos, y nunca agradables en modo alguno.

Wade tiró el cigarrillo que acababa de encender al bajar del automóvil, en el aparcamiento más próximo al Old Jazz Club. Miró, preocupado, hacia la calle que cruzaba hacia Lenox Avenue. El grito se repitió, más ahogado, más estremecedor, como en un auténtico estertor agónico...

Luego, se quebró en una especie de ronco espasmo sonoro. Y ya no hubo sino silencio. Un tremendo silencio...

Corrió hacia allá con desesperada urgencia. Sabía que algo terrible había sucedido. Y no podía imaginar siquiera qué podía ser ello, pero estaba seguro de que su presencia en el lugar podía ser necesaria.

Muy necesaria, a juzgar por la entonación de aquel grito, auténtico clamor de agonía, de terror, de muerte quizá...

Entró en la calleja. Su larga, ágil zancada, le llevó hasta las proximidades del solar. Y allí se detuvo.

Se detuvo, horrorizado, contemplando el terrible espectáculo que se ofrecía ante él.

El hombre viejo, desaseado, de ropas sucias, arrugadas, de cabello canoso, de barba descuidada y rostro oscuro, sudoroso, crispado, se tambaleaba, incorporándose de su postura arrodillada en la acera. Le miró, con ojos dilatados, con expresión trémula, rabiosa, de fiera acosada.

—No..., no se acerque... —jadeó—. ¡No me mate a mí también, canalla, maldito blanco sanguinario...!

Lester Wade no dijo nada. No le fue posible. Y no ya porque le sorprendiera y desconcertasen las palabras incongruentes y roncadas del inquietante personaje de raza negra, sino porque al lado de él, tan al lado que ahora sus rodillas aparecían empapadas de un

sinistro rojo oscuro en los arrugados pantalones... yacía ella.

Ella. La muchacha.

La muchacha negra, de ropas vaporosas, ceñidas a un cuerpo turgente y escultural, como de ébano vivo y palpitante. O que fue hasta poco antes palpitante y vivo. Pero ya no.

Nadie sobrevive a un tajo que le llegue de oreja a oreja, segando su cuello y, con él, su existencia, en un rojo baño sangriento. Eso es lo que a ella le había sucedido. Y, por añadidura, la empuñadura de una navaja automática de considerable tamaño aparecía, rígida, asomando entre borbotones de sangre, hundida en su cuerpo.

El rostro ceniciento, los ojos desorbitados del hermoso cadáver femenino, resultaba hartamente familiar a ojos de Lester Wade. El nombre de la muchacha escapó de sus labios crispados, con un repentino e ilimitado horror:

—Dios mío..., Sugar... ¡Sugar Creole...!

CAPÍTULO II

SUGAR.

La bella, joven, prometedora Sugar Creole. Futura estrella de la canción negra. Figura en ciernes, que pronto difundiría la televisión por todo el país.

Y estaba allí. Muerta. A los pies de Lester Wade. Junto a un viejo de su misma raza, inquietante y rudo, de ojos vidriosos, húmedos y desorbitados, de grandes manazas temblorosas... Manos que acaso habían hendido el cuello de Sugar con la acerada hoja aguda de una navaja automática, de las que podían adquirirse en cualquier tienda de Harlem.

—Cielos, no es posible... —susurró Lester, mirando con expresión de horror a la muchacha sin vida—. Sugar..., Sugar... asesinada...

—No, no me mire así... —jadeó el negro, alzando su mano diestra, temblorosa, como para protegerse de algo—. No me haga nada, señor. Juro que nada diré... No le denunciaré... No me pegue otra vez... No más, se lo ruego... Sólo quería ayudar a la niña..., la pobre niña muerta y ensangrentada... ¡No me mate, señor...! John Hot King no quiere morir...

Retrocedía, angustiada la expresión, desorbitados los ojos. Lester no supo qué hacer ni qué decir. Era una situación escalofriante. El viejo negro hablaba como una víctima más que como un culpable. Y, sin embargo, allí no había nadie más. Solamente él, aquel hombre despavorido... y el cuerpo espléndido y sangrante de la desdichada Sugar Creole.

—John Hot King... —musitó Wade al fin, dominando su

desorientación—. El viejo cantante y músico de Harlem... ¿El mismo John Hot King quizá? ¿El viejo rey del *ragtime*...?

—Solamente hubo un John Hot King, señor..., y nunca habrá otro... —sollozó el viejo, patético—. Por Dios, no termine con él ya... Perdóne esta vieja vida miserable...

—Espere. No sé lo que ha hecho, lo que ha sucedido, pero esta mujer está muerta sin duda. Y usted tiene que... —avanzó Lester Wade hacia él, rápido, con energía súbita.

—¡Noooo! —aulló violento el viejo negro. Y rápidamente se inclinó.

Aferró un pesado trozo de ladrillo entre los cascotes del solar. Antes de que Lester pudiera evitarlo, se lo lanzó violentamente. Recibió el impacto en pleno rostro.

Cayó de espaldas el joven, con una queja ronca que era una auténtica imprecación, y sintió correr por su faz la sangre, al abrirse una brecha en su mejilla, junto al pómulo derecho. Además, la propia fuerza del impacto y el polvo del fragmento de ladrillo lograron cegarle momentáneamente.

Oyó precipitados pasos alejándose. Intentó incorporarse, y tropezó en el cuerpo de Sugar Creole, cayendo sobre ella y, tras el choque con, el cadáver, trompicó en la acera, sintiendo una fuerte torcedura en su tobillo. Maldijo entre dientes, poniéndose de rodillas. Miró sus manos.

Estaban empapadas de rojo. Rojo pegajoso, denso, cálido. Rojo de sangre humana.

Sangre de Sugar.

El viejo negro escapaba a la carrera, trompicando entre los cascotes, casi cayéndose en diversas ocasiones, pero logrando, pese a todo, mantener el equilibrio y la rapidez en su carrera. Se perdió en la esquina, tras un patinazo que estuvo en un tris de lanzarlo de bruces contra la carrocería de una furgoneta que pasaba rozando el bordillo, y cuyos faros, al tiempo que sonaba con estridencia el claxon, dibujaron su silueta en negro, sobre un fondo deslumbrador, que cegó al ya de por sí aturdido Lester Wade.

Un hombre al volante, un joven de color, atlético y nervudo, se quedó atónito, al envolver la luz de los faros a Lester. Y con él, al cadáver ensangrentado de Sugar.

—¿Qué diablos...? —masculló el conductor, horrorizado ante el

rojo brillo de la sangre cuando recibieron el impacto luminoso de sus faros.

Lester Wade se cubrió la cara, para eludir el deslumbramiento, y se echó atrás. Sus manos ensangrentadas fueron bien visibles ante el conductor que, rápidamente, echó el freno, con un lastimero chirrido largo y estridente, metiendo la furgoneta en la acera. Luego, rápido, se inclinó, tomando una llave inglesa, que esgrimió como un arma. Bajo la manga corta de su camiseta con el nombre de una Universidad, sus músculos vigorosos eran brillantes como el charol.

Corrió hacia Lester, gritando a pleno pulmón:

—¡Favor, socorro! ¡Un crimen, un crimen! ¡Vengan aquí...! ¡Han matado a una chica...!

La luz de los faros daba un aire fantasmal a la escena. Lester Wade retrocedió, tenso, ante aquel hombre de color, armado y violento, que se le venía encima. Sus sombras respectivas se recortaban, gigantescas, en el muro de ladrillo.

—¡Es un blanco! —aulló el conductor negro—. ¡Ha matado a una de nuestras mujeres, el muy bastardo! ¡Muerte! ¡Muerte a los blancos! ¡A mí todos!

Su voz era clara, potente. Su mano robusta, enarbolando la llave inglesa, era temible. Lester Wade trató de evadirse del choque inevitable. Giró la cabeza. Desgraciadamente, era demasiado tarde. Venía gente. Gente de color, por supuesto. Todo Harlem era de color. El gigantesco barrio negro de Nueva York acogía a miles, a cientos de miles de habitantes de raza negra. Y él era un blanco que se había metido inesperadamente en un terrible avispero.

Todo eso lo descubría demasiado tarde. Ahora empezaba a convertirse aquello en un perfecto callejón sin salida. En un cepo quizá mortífero. La situación era grave. Muy grave. Una mujer de color asesinada, un hombre de color que huía, y a quien difícilmente daría ya alcance... y él, un hombre blanco, acusado, por un testigo, de aquella muerte violenta.

Era como una encerrona diabólica. La más temible de las trampas.

Lester no sabía cómo escapar. Miró al lado opuesto de la calleja. Otro grupo de gente de color, hombres y mujeres, corrían ya hacia donde él se encontraba. Cuando todos ellos bloqueasen el lugar,

nadie saldría de allí en modo alguno. Y él menos que nadie. La luz de los faros, revelando el color pálido de su piel, era el peor de sus enemigos en semejante circunstancia desesperada.

—Espere —silabeó, retrocediendo ante su joven y musculoso adversario—. No entiende usted lo que ocurre. He venido al oír gritar a esa mujer. Trataba de ayudarla, no soy un asesino. No sé si ese viejo que escapó pudo matarla, pero le juro que yo no lo hice. Debe usted creerme. Ella..., ella era Sugar Creole... Venía precisamente a verla a ella. Por eso estoy en Harlem esta noche. Era amiga, habíamos convenido una entrevista para mi periódico...

—Sugar Creole... —los ojos inyectados en sangre del joven negro se clavaban en él, amenazadores—. ¡Mató a Sugar Creole, compañeros! ¡El cerdo blanco mató a la hermosa Sugar, a nuestra Sugar querida...!

Y con un alarido se precipitó sobre él, enarbolando su pesada y formidable llave inglesa, para estrellarla en el cráneo del joven periodista...

* * *

Lester Wade era hombre rápido de reflejos. De otro modo, el joven conductor de furgonetas le hubiera abatido en ese momento, quizá mortalmente.

Eludió el impacto del metal sobre su cabeza y, diestramente, escabullóse de la agresión feroz, exasperada, del joven chófer de piel oscura. Luego, intentó buscar refugio entre los cascotes. Trompicó entre ellos, derribó un cubo de basuras. Las voces de los demás negros le llegaron, nítidas:

—¡Es un maldito blanco asesino! ¡Mató a una muchacha! ¡A uno de nosotros! ¡Seguramente, la violó también! ¡No le dejen escapar por nada del mundo! ¡Todos a él! ¡Que pague con la vida, y eso sirva de escarmiento a sus hermanos de raza, malditos todos!

Ya eran un grupo denso. Una oscura jauría ávida de desquite. Unos contemplaban, demudados, a su bella y desdichada Sugar Creole. Otros se movían hacia Lester Wade, amenazadores y virulentos, con el rabioso conductor de la furgoneta a la cabeza.

Lester supo que estaba perdido. Había visto, más de una vez, el horrendo espectáculo del linchamiento de un negro por una horda de blancos salvajes e intolerantes. Ahora, los papeles se habían tornado. Él era la presa. El hombre blanco, en la jungla gris de

Harlem, perseguido por los que habitualmente eran perseguidos. No podía hablarse de total injusticia. Alguna vez sucedían cosas así, y se alteraban las circunstancias normales. Lo injusto es que le tocara a él, inocente en todo aquel horror, simple testigo angustiado de un crimen espantoso...

Tratando de huir, cayó. Se golpeó en los cascotes. Rodó entre ellos, en medio de una densa nube polvorienta. Unas ratas huyeron, viscosas, bajo su cuerpo, dejando a medio concluir el festín en un perro muerto, que despedía un hedor apestoso en el amplio solar.

Los negros, como una pesadilla abominable, se vinieron hacia él, gesticulando y gritando. Pidiendo venganza. Pidiendo sangre. O, tal vez, simplemente justicia, por una vez en sus vidas oprimidas. Una justicia que no era tal. Pero que ellos no podían ahora distinguir con claridad, en el ardor del momento iracundo. Cuando se dieran cuenta de su trágico error, sería demasiado tarde.

Y él, Lester Wade, un joven periodista de raza blanca, habría muerto linchado en Harlem, no lejos de una joven cantante de color, asesinada por alguien en la cálida noche del verano pegajoso y lleno de bochorno de Nueva York.

Las pisadas se acercaron, las sombras oscuras taparon la luz a sus ojos. Manos nervudas, armas diversas se alzaron sobre él para aniquilarle definitivamente.

Una sola voz, formada por cien gargantas, clamó en los oídos confusos de Lester:

—¡Muerte! ¡Justicia! ¡Venganza sobre el hombre blanco asesino...!

Y supo que ni él ni nadie podrían evitar ya el final irremediable.

* * *

Un estampido de arma de fuego.

Luego otro. Y otro. Disparos secos, ásperos, estruendosos en la noche caliente.

Lester Wade, con sus ojos fijos en las figuras envueltas en polvo, se preguntó qué habría sucedido, para que la masa negra se detuviera bruscamente. Para que los golpes de muerte no llovieran sobre él...

—¡Vamos, fuera de aquí! —tronó una voz rotunda—. ¡Ya basta, estúpidos! ¡Largaos todos, antes de que dispare a herir, malditos salvajes! ¡Fuera, fuera de este lugar, y sin pasar por donde yace esa

mujer! ¡Vais a destruir toda clase de indicios y huellas con vuestras sucias pezuñas, ratas inmundas! ¡Fuera de una maldita vez por todas!

Y tronó de nuevo el arma de fuego, con rotundo estampido. Lester Wade, aturdido todavía en los cascotes, se dijo que debía ser un arma de reglamento, un «Colt» 38, acaso un revólver de la policía.

Era la policía, de eso no había duda. Sonaban sirenas ya. Dos coches patrulla, con las luces girando vertiginosamente, en un juego alucinante de lívido color rojo, se detuvieron junto a la acera.

Dispersados, llenos de terror, los hombres de color se escabulleron, se perdieron en la noche cálida del verano de Harlem, mientras hombres uniformados tomaban los accesos de la calleja, y los faros de los automóviles barrían con su luz el panorama inquietante del ensangrentado lugar.

Una alta, espigada y oscura figura se movió hacia Lester. Este alzó los ojos, siguiendo las largas piernas de pantalón oscuro, los zapatos de charolado brillo, la chaqueta clara, de un color crudo impecable, perfectamente cortada, incluso elegante, en la alta y esbelta figura del hombre que, con un revólver humeante en la mano, un reglamentario «Colt» de cañón corto, se aproximaba a él, paso a paso, haciendo crujir los cascotes del solar.

—Vamos, usted salga de ahí —silabeó la voz del hombre.

Lester se incorporó despacio, sacudiéndose el polvo y la suciedad de sus ropas. Ambos se quedaron mirando, en un centelleo de luces cambiantes.

—Hola, teniente Horne —saludó apaciblemente Lester—. Te debo la vida.

El hombre alto, delgado, de piel oscura, de cabello rizado, de arrogantes facciones de joven, inteligente y enérgico hombre de color, se quedó contemplándole gravemente, mientras bajaba el arma con que había encañonado al desconocido oculto en los cascotes.

—Lester... —murmuró, sorprendido—. ¿Qué diablos haces tú aquí?

* * *

El cuerpo de Sugar Creole fue cubierto por una blanca sábana. La camilla se elevó, en brazos de los camilleros de color, cuya

oscura piel contrastaba intensamente con el blanco de sus uniformes. Se cerró la puerta posterior de la ambulancia tras el cadáver de la joven negra. Partió el vehículo, haciendo sonar lastimeramente su sirena en la noche.

Policías negros, o simplemente mulatos, recorrían la zona, impidiendo el tránsito por la calleja, o revisando las ruinas, el lugar del crimen, donde la tiza marcaba la huella del cuerpo ya desaparecido, con su inconfundible perfil. Expertos de la policía — curiosamente, todos ellos de color— tomaban huellas, comprobaban datos, medían y fotografiaban en torno. Un médico negro, de pelo canoso, recogía ya su maletín, tras haber actuado como forense de turno.

Lester Wade respiró hondo, metiendo las manos en sus bolsillos. Se hizo un silencio profundo en el pasaje. Allá, lejos, se oían lúgubres cánticos funerarios de los negros, spirituals que tenían una extraña entonación amenazadora. Como un rito ominoso para el hombre blanco adentrado en su *ghetto*, sorprendido con las manos llenas de sangre, junto al cadáver de la muchacha de piel oscura.

El joven, alto policía de color, reveló incertidumbre en sus facciones correctas, suaves, en sus ojos oscuros e inteligentes. Se acercó despacio a Wade.

Lejos, muy lejos, una voz aguda, de tenor, cantaba lúgubremente a la difunta, con los Bines del cementerio:

*Me voy allá abajo, al cementerio,
porque el mundo está muy mal.
Me iré allá abajo, entre los fantasmas,
para oírles cantar mis penas...*

Los dos hombres se contemplaron en silencio. La piel del teniente brillaba por la leve transpiración, como si fuese un grano de café bien tostado y azucarado. Los dientes, por contraste, eran nítidos cuando dibujó una fría sonrisa carente de humorismo.

—Las cosas están mal, Lester —comentó al fin.

—Sí, lo sé —admitió Wade.

—Ya sabes cómo somos todos. Nosotros creemos que todo hombre blanco puede hacernos daño. Vosotros pensáis lo mismo respecto a los negros.

—No, todos no somos así, Sid —replicó secamente Wade—. Tú no piensas eso de los blancos. Y menos de mí. Yo tampoco puedo

pensarlo de ti ni de otros.

—Yo no sé qué pensar —resopló el teniente Sidney Horne, de la policía Metropolitana de Harlem. Meneó la cabeza, pesaroso—. Estabas junto al cadáver. Todavía tienes sangre seca en tus dedos y uñas, Lester.

—Claro —refunfuñó el joven reportero—. Me caí junto al cuerpo de Sugar. No irás a sospechar de mí...

—No, no sospecho de ti —le miró fijamente—. Si lo hiciera, estarías ya arrestado. Pero los demás van a pedirme cuentas si no lo hago, Lester. Para ellos, eres simplemente un hombre blanco, no un amigo mío. Y, por añadidura, creen, que tú la mataste.

—Lo sé muy bien. Iban a lincharme cuando llegaste, Sid. No escuchaban nada.

—La gente nunca escucha nada. He visto otros linchamientos —sonrió con tristeza—. Sólo que entonces el linchado era negro... y los linchadores blancos. Nadie se dio demasiada prisa por salvar a la víctima en esas ocasiones.

—Tú sí lo hiciste. Gracias, Sid.

—Olvídalo. Eres amigo, ¿no?

—Cuando disparaste al aire, dispersándolos, no sabías si era yo u otro cualquiera. Sólo sabías que era un hombre blanco.

—Cierto. También sabía que mi deber como policía era evitar un linchamiento. La ley está para algo, Lester. Ahora, hablemos: ¿qué hacías tú en Harlem esta noche, junto al cuerpo de Sugar Creole?

—Te lo diré enseguida, Sid. Pero me temo que eso no te ayude demasiado.

—Es asunto mío. Tú habla, Lester. Lo demás yo veré cómo resolverlo.

CAPÍTULO III

SIDNEY HORNE puso café en las dos tazas. Miró pensativamente a su interlocutor. La oficina del precinto de Harlem era tan calurosa como un horno, pero el acondicionador de aire le daba un frescor artificial muy grato. A pesar de ello, el teniente estaba en mangas de camisa. Y brillaba su piel suavemente, a causa de la transpiración.

—De modo que sólo es eso: ibas en busca de Sugar. Y la encontraste —dijo con sencillez después de tomar un sorbo de café.

—Eso es. Iba en busca de una hermosa cantante llena de vida. Y la encontré muerta.

—¿Ella te esperaba en el club?

—Sí, pero tal vez olvidó la cita. Después de todo, sólo era un reportero más. Varios le habían hecho ya entrevistas, con motivo de su próximo programa de televisión.

—Y dices que un hombre te atacó y escapó...

—Sí. Un hombre de tu raza, Sid. Un viejo y célebre músico: John Hot King.

—He oído hablar de él. Alcohólico, miserable y olvidado. Conozco su vida. La conozco bien. Pero no lo imagino como un asesino, a menos que se haya vuelto loco.

—¿Loco? Tal vez lo estuviese. Lo parecía, pero cualquiera lo parece, habiendo presenciado algo tan horrible como aquel asesinato. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué, Lester?

—Dijo cosas extrañas. Como si el culpable fuese yo. Me acusó, me pidió que no le matase también a él... —Wade arrugó el ceño, a

medida que recordaba—. Sí, dio a entender que yo era el asesino de Sugar. Me tenía... miedo.

—Eso puede indicar que no vio al culpable realmente. O que el asesino era, en realidad, un hombre de raza blanca —suspiró Sidney Horne—. O que tú mataste a Sugar, Lester.

—Muy gracioso —masculló Wade, tomando el café de un trago. Se enjugó el sudor con el pañuelo, irritadamente. Se acercó, asomando a la ventana, y miró los altos edificios salpicados de luces, en la noche de Manhattan—. Sugar iba a empezar una vida mejor, Sid. Era una chica con una voz excepcional, con una belleza fuera de serie. Y ahora..., ahora está muerta. Estúpidamente muerta. Sabes que entre todos íbamos a hacer de ella un nuevo ídolo. Mi doble trabajo en el periódico y en la televisión estaban encaminados ahora a realzar su personalidad. A pesar de que mi especialidad sean los sucesos, también me ocupo del mundo del espectáculo. Y ella, Sugar Creole, había nacido para ser una luminaria en esta ciudad donde tantos se consagran y tantos se hunden en la mediocridad o en el fracaso. De veras lo siento, Sid. Por ella, sobre todo. No es justo morir cuando se va a ser alguien, en un sitio tan difícil, tan duro como es Nueva York...

—Así sucedieron las cosas, Lester. Ni tú ni yo podemos ya hacer nada por arreglarlo. Está muerta, y eso no hay quien lo altere ya. Ahora lo que cuenta es hallar a su asesino. Sea quien sea, Lester. Yo te he sacado de un buen lío esta noche en mi distrito. A cambio, te quiero pedir algo.

—¿Qué, Sid?

—Ayuda. Deberías cooperar conmigo.

—Si soy realmente el asesino, mi cooperación resultaría negativa para ti —sonrió Wade.

—Vete al diablo —se enfureció el joven teniente negro. Paseó por su despacho airadamente—. Ven a cenar mañana con nosotros. Dinah te preparará algo de lo que te gusta.

—No hace falta que se esmere demasiado. Me gusta todo lo que tu mujer cocina —asintió Wade, pensativo—. Está bien, iré a tu casa. Espero que ninguno de tus hermanos de raza me descubra allí.

—No temas. Apenas si se inicia Harlem en mi manzana. No correrás peligro. Lo malo está por aquí. No te arriesgues a acercarte al club ni a ninguna otra parte. Sería muy arriesgado. Después de lo

de Sugar, la gente anda excitada, deseosa de violencia.

—Violencia... —resopló Lester—. ¿Conduce eso a algo?

—No, a nada. Tú y yo lo sabemos, pero ellos no. Son jóvenes, están marginados... y han visto morir ferozmente a una hermana de raza que era hermosa y que hubiera sido célebre en un futuro inmediato. No puedes pedirles que sean demasiado justos con los demás.

—Yo no pido nada. Sólo me pregunto quién pudo cometer ese crimen y... por qué.

Lester Wade se quedó mirando, pensativo, al teniente Horne que, a su vez, se frotaba el mentón, dando paseos por el despacho. Golpearon en la puerta. El joven policía de color autorizó a entrar a quien llamaba. Un policía uniformado, de su misma raza, como casi todos los de aquel precinto policial de Harlem, entró con algo en una bolsa de plástico, que tendió al oficial.

—Un compañero halló esto junto a un cubo de basura, señor —dijo—. Puede que no signifique nada, pero lo hemos guardado para que usted lo viese.

Horne abrió la bolsa plástica, extrayendo con pinzas un papel arrugado, color crema, con el membrete del Hot Club. El policía de uniforme sacudió la cabeza.

—Lamento decirle, señor, que el compañero, ignorando su interés, lo tomó en sus manos, aunque enseguida lo guardó, por lo que sus huellas estarán ahí sin duda... —fue su informe.

—Está bien, es algo que no puede evitarse —suspiró Sidney Horne. Extendió el papel sobre la mesa, bajo la luz. Hizo un gesto a Lester—. Ven acá un momento, por favor.

—¿Qué es eso, Sid? —se interesó el periodista.

—Lee. Un mensaje dirigido a la chica —informó Horne.

Y leyó Lester el breve texto, escrito rápidamente, a mano, con letra culta y correcta:

«Sugar, cariño:

«Siento no poder acudir. Algo relacionado con el trabajo me obliga a quedarme hasta más tarde en el club. No puedo eludirlo, y lo siento. Nos veremos más tarde, querida. Espero que lo que te preocupa no tenga gran trascendencia.

»Te quiere tu,

»Mezz.»

Se miraron ambos nuevamente. Una expresión astuta asomó a los oscuros ojos de Sidney Horne.

—¿Quién es Mezz? —indagó Lester.

—Mezz Malone, un joven de color. Era novio de Sugar, y trabaja en el Hot Club como una especie de maître y animador al piano. Al parecer, ella lo esperaba. Y él no pudo acudir. Es evidente que ella arrojó esa nota al suelo, quizá disgustada por la ausencia de su pareja.

—¿Te has fijado en ese comentario, Sid? Habla de..., de «lo que le preocupaba» a Sugar...

—Sí, me he fijado. Habrá que preguntar a Mezz sobre ello —se inclinó hacia el teléfono—. Y eso vamos a hacerlo inmediatamente...

* * *

—Sí. Ella estaba preocupada. Muy preocupada. Pero no hice demasiado caso. Creí que era una tontería... —se cubrió el rostro con las manos—. ¡Dios mío, si hubiera comprendido a tiempo, si hubiese acudido, dejando de lado todas mis obligaciones...!

El teniente Horne no dijo nada. Dejó que Mezz Malone, el joven de color, fuerte y sensible, de elegante smoking blanco, sollozara en silencio, ahogadamente, allí en la silla de su despacho. En un rincón del despacho, Lester Wade asistía, callado, como distante, a la escena que tenía lugar ante él.

—Serénese, Mezz —suspiró Horne, tendiéndole un cigarrillo—. Lo que hubiese podido suceder ya no cuenta. Hemos de contar, simplemente, con lo sucedido. Y eso ya nadie puede alterarlo, amigo mío. Estamos buscando a un asesino y usted, Mezz Malone, es quien más puede ayudarnos.

—¿Yo? —elevó sus ojos enrojecidos, llorosos, hacia el hombre de su propia raza—. ¿Y en qué podría ayudarles yo?

—No lo sé aún, Mezz. Es usted quien puede decírnoslo. En su mano está referirnos lo que sepa acerca de su novia, lo que ella pudo temer esta noche, al avisarle... Díganos, ¿de qué hablaron ambos previamente, para que usted dijera eso en su nota?

—Oh, de nada en concreto, se lo aseguro —murmuró Mezz Malone, trémulo—. Ella me telefoneó inesperadamente al Hot Club. Me dijo que sucedía algo, que tenía miedo...

—¿Le dijo que tenía miedo? —puntualizó, rápido, Horne—. ¿Esa

fue la palabra utilizada, exactamente?

—Exactamente, sí —afirmó, rotundo, Mezz—. Tenía miedo. Le dije que eso era una tontería, y le pregunté el motivo. Ella no se mostró muy explícita en ese terreno, teniente.

—Repítame, si puede, todo lo que ella dijo. Palabra por palabra.

—Pues... lo intentaré. Sí, lo intentaré... Ella habló de algo que había descubierto, algo que le asustaba. Tenía que hablar conmigo porque temía que alguien supiera lo que había llegado a su conocimiento, y eso pudiera comprometerla peligrosamente. Todo era confuso, oscuro para mí. Me hizo prometerle que acudiría enseguida, aunque le dije que en el club esperaban a unos clientes especiales, y eso dificultaría las cosas. El comisionado Lionel Robeson visitaba esta noche diversos puntos de Harlem, y había anunciado su visita a nuestro local. Ignorábamos a qué hora, pero al final coincidió con el momento en que pensaba marcharme... y tuve que escribir una nota, enviándosela a Sugar por medio de un botones del club. ¡No podía imaginar que los temores de ella serían ciertos, que su vida peligraba, Dios mío...!

—Aún no podemos estar seguros de que matarán a Sugar Creole por eso que ella decía saber. Pudo ser algo diferente..., como un maníaco o un sádico.

—Lo probable es que fuese motivado por lo que ella temía —susurró Mezz, con tono ahogado—. Otra cosa resultaría demasiado casual, ¿no cree, teniente?

—Es posible —se encogió de hombros Horne—. Pero no hay certeza de nada. Y aun suponiendo que usted hubiese acudido a acompañarla hoy, ¿hubiera salvado eso su vida? El culpable, quizá, hubiera hallado el modo de atacarla y herirla mortalmente, si ésa era su decidida intención. Mezz, lo importante para mí sería saber si puede aportar algún otro detalle, alguna sugerencia... ¿Cree, realmente, que es todo lo que me ha dicho aquello que puede informarme sobre Sugar? ¿No olvida nada, no hay detalle alguno de ninguna especie que pueda ayudarnos? Un indicio, una enemistad, algo relacionado con alguien que ella conociese... Su miedo no pudo surgir de repente. Acaso procedía de algo que ella ya sabía de antes...

—No, no sé absolutamente nada más. Ella se llevaba bien con todo el mundo. Con Fats Carter, su empresario... Con Be-Bop

Davies, su director y asesor... Nadie, en realidad, podía querer mal a Sugar.

—Alguien la quiso mal esta noche, Mezz —le recordó crudamente Horne—. Y eso bastó.

Siguió un profundo silencio. Lester tosió. Mezz le miró de soslayo. Pareció excitarse de repente. Se volvió a Horne.

—¿Qué hace él aquí? —señaló a Wade—. ¡Es un blanco!

—Claro —asintió el teniente, ceñudo—. Y nosotros somos negros. No descubre nada con eso, Mezz.

—Corre el rumor por todo Harlem. Dicen que un blanco mató a Sugar...

—Yo nunca hago caso de rumores. Quiero evidencias —Sidney Horne dio un seco golpe con su mano extendida sobre la mesa—. Lester Wade es blanco, sí. Es periodista. Trabaja en un diario importante de la ciudad. Y en la televisión. Iba a presentar a Sugar Creole en su programa de actualidad, como una nueva figura del *soul*. Ahora ese programa se ha cancelado. Nadie presenta cadáveres en la televisión.

Era duro a conciencia. Mezz sollozó de nuevo, ocultando el rostro, como si se olvidase de Wade. Este pareció a punto de decir algo. Rápido, Horne le conminó, exigiéndole silencio con un gesto. Le preguntó, rápido, a Mezz Malone:

—¿Qué sabe de un hombre llamado John Hot King?

El joven de color se irguió, sorprendido. Le miró.

—John Hot King... ¿El viejo músico de *ragtime*? —puntualizó.

—No conozco a otro. ¿Qué puede decirme de él?

—No mucho. Anda por ahí... Se alcoholizó por algo ocurrido en su madurez. Está hundido. Dicen que pide limosna. Que a veces roba, incluso, pero nadie quiere denunciarle. ¿Por qué me pregunta por ese pobre viejo acabado?

—Porque fue testigo de la muerte de Sugar.

—¿Qué? —Mezz pegó un respingo, con evidente sobresalto.

—Vio al asesino, aunque ignora si lo identificó. Escapó luego, asustado. Y creyó que ese hombre, Lester Wade, quería asesinarle a él. Quizá porque el asesino fue un hombre blanco, quizá porque no le vio bien, quizá porque se pareciera a Wade.

—Quizá porque fuera él —acusó fríamente Malone, mirando con recelo a Lester.

—Hemos discutido ya eso —suspiró Wade con cansancio—. Pude ser yo, Malone. Pero no fui. John Hot King lo creyó, sin embargo. Se asustó de mí al verme. El asesino había debido golpearle..., a menos que él estuviera fingiendo.

—En cuyo caso, Hot King mató a Sugar —concluyó gravemente Horne.

—¡Imposible! —replicó acremente Mezz—. Ese hombre no haría una cosa así con una muchacha como Sugar... John Hot King no es un asesino...

—No sabemos lo que pueda ser. Lo cierto es que estuvo allí. Y hay orden de captura contra él. Hable con sus amigos, con la gente que puede localizar en alguna parte a Hot King. Si aparece, quiero hablar con él. Necesito saber lo que vio..., o lo que hizo.

—Está bien —se movió afirmativamente la cabeza de Mezz Malone—. Lo haré, teniente. Buscaremos a John entre todos. Pero no crea que con él habrá resuelto el caso. El viejo Hot King no mató a Sugar, estoy seguro.

—Yo también quisiera estarlo, Mezz. Sólo que ya le dije antes: no me guío por simples suposiciones o corazonadas, sino por hechos concretos. La muerte de Sugar debe aclararse, por una serie de diferentes razones. Entre ellas, el crimen en sí, es la fundamental de todas ellas. Luego, hay otras de tipo diferente: evitar problemas, impedir que la gente de nuestra raza crea culpable a un blanco, y Harlem se convierta en un avispero peligroso. Hay muchas cosas en juego, siempre que alguien muere y se sospecha que otra raza pueda andar por medio.

—A mí nada de eso me importa. Es sólo Sugar la que cuenta. Mi Sugar, asesinada vilmente... Podría..., ¿podría verla antes de...?

—Sí, Mezz —afirmó despacio Horne—. La verá. Debe identificarla, aunque sólo sea por simple rutina. Ella no tenía familia. Solamente usted y sus compañeros y amigos pueden identificar el cadáver legalmente...

Horne se detuvo. Habían llamado de nuevo a su puerta. Ordenó que entrasen. Uno de sus agentes lo hizo, con un envoltorio en plástico amarillo, precintado, que dejó sobre la mesa.

—Esto se lo envía el Gabinete de Huellas, teniente —dijo—. Es el arma con la que asesinaron a la chica...

El policía se retiró. Mezz, como hipnotizado, miraba el

envoltorio en brillante plástico amarillo. Hasta Lester se había incorporado, fija su vista en el paquetito misterioso. Recordó que había visto asomar la empuñadura del arma, clavada en el cuerpo de la cantante negra. Pero si alguien le hubiera preguntado cómo era aquella empuñadura, no hubiese podido decirlo, ni aun estando su vida en juego. No recordaba nada de nada. Sólo la sangre, el cuerpo de Sugar, la presencia tremenda de la muerte violenta...

Ahora, el arma estaba sobre la mesa de Sidney Horne, esperando. Mezz, repentinamente, se precipitó sobre la mesa, tratando de ver aquello. Rápido, Horne se cruzó entre él y el envoltorio amarillo.

—No —cortó, seco—. Eso es cosa mía, Mezz. Nadie tocará eso. Ni lo verá antes que yo. Recuerde que Sugar ha dejado de ser cosa suya..., para convertirse en algo que afecta primordialmente a nosotros. A la policía, a la ley.

—El arma... —jadeó Malone—. ¿Qué clase de arma utilizó el canalla que...?

—Una navaja —replicó Horne—. Una navaja de muelle automático. Como cualquier otra navaja de las que se compran en cualquier tienda, por poco dinero. No espero que tenga iniciales, huellas ni nada parecido. Sólo que forma parte del caso. Es un objeto para presentar ante el juez. Y nada más.

Rasgó el precinto. Miró dentro de la bolsa de plástico amarillo. Dejó ésta de nuevo encima de la mesa. Miró a ambos hombres. A Mezz Malone y a su amigo Lester Wade. Luego, manifestó con voz ronca:

—Es curioso...

Wade avanzó dos pasos. No podía ver aún la navaja. Tampoco Mezz.

—¿Qué es lo curioso, Sid? —quiso saber Wade.

—La navaja... Es completamente normal en todos sus detalles. Pero tiene dos cachas en la empuñadura. Una es blanca; la otra... negra...

Los tres hombres se miraron entre sí, como si no entendieran bien lo que tenían ante sí. Pero presintiendo que había algo maligno y significativo en los dos colores que formaban el arma de aquel crimen en el barrio negro de Nueva York...

CAPÍTULO IV

—UN lado blanco y otro negro. Bien. ¿Eso significa realmente algo?

—No lo sé —Lester se encogió de hombros—. Pudiera ser, Jessie. Especialmente, si el asesino ha sido una persona de raza blanca. Es todo un simbolismo. Puede significar racismo, odio, intolerancia... Todo lo que constituye la historia del mundo desde hace siglos. Y, muy especialmente, la de nuestro país.

—Estás muy cáustico hoy —comentó, sonriente, Jessica Turner.

—Tal vez sea el mal humor —suspiró Wade—. No ha resultado una noche agradable la de ayer. El crimen, el intento de linchamiento, los interrogatorios, las pesquisas... Sidney está desorientado, de eso no hay duda. Si yo no fuera su amigo, sería el sospechoso ideal. Pero tácitamente me ha borrado, de momento, de su lista de sospechosos... y no sabe siquiera a qué atenerse.

—Tenerte en esa lista resolvería pocas cosas, Lester. Tú no eres culpable.

—Gracias por tu confianza en mí —dijo él, con ironía—. En algo tienes razón: un sospechoso más o menos no aclarará las cosas. En realidad, cualquiera pudo matar a Sugar. De noche, y en una calle poco frecuentada, junto a un solar;

—Ese hombre que escapó... John Hot King..., ¿apareció ya?

—Todavía no. Y he salido del precinto de Harlem a las seis y media de la mañana. Ya era pleno día cuando regresé a la redacción —bostezó cansadamente—. Espero que el artículo que he escrito para la edición especial de la tarde, tras el informe de urgencia telefonado por la noche, después del hallazgo del cadáver, para la

edición matinal, haya salido lo bastante coherente como para que no me despidan.

—Estoy segura de que nadie puede despedir a Lester Wade, el gran reportero de los espectáculos y de los sucesos —sonrió Jessica Turnen—. Sólo tu programa de televisión se arruinó definitivamente..., a menos que lleves a él a John Hot King, con las esposas puestas, confeso y convicto de homicidio.

—Sí, y que encima toque con las manos esposadas la *Rapsodia en blue* de Gershwin —comentó con acidez Wade. Miró, risueño, a Jessica, desperezándose—. Oh, Jessie, por favor. Dile a Morrow que no podré grabar hoy ese programa para la cadena en color. Estoy demasiado cansado, y mi cara iba a quedar de un tono bastante feo, no siendo en blanco y negro... Cielos, ¿por qué dije eso?

Se detuvo, sacudiendo la cabeza. Jessica Turner, la más atractiva presentadora de programas musicales de la EBC, o Eastern Broadcasting Corporation, le contempló, intrigada. Luego, creyó entender.

—Ya veo —dijo—. Blanco y negro. No debes obsesionarte por ciertas cosas. Estoy segura de que miles de esas navajas se venden en Harlem y fuera de él. Una cancha blanca y otra negra, en la empuñadura de un arma, no tiene nada de extraordinario, Lester. Es..., es como la ropa de un dominó. Blanco y negro. No significa nada por sí solo.

—Oh, un dominó. Sí, una especie de *pierrot* o polichinela en blanco y negro —asintió Wade, bostezando otra vez. Meneó la cabeza—. Lo siento. No estoy en forma, Jessie. Discúlpame con Morrow. Grabaré esta próxima noche. De madrugada si es preciso. Pero ahora, no.

Agitó su brazo, encaminándose a la salida de la EBC. Jessica sonrió, moviendo la cabeza y volviendo la atención a sus papeles mecanografiados, los que constituían el guion de su próxima intervención ante las cámaras en el Estudio Tres de la gran estación televisora neoyorquina.

—Es tu turno, Jessie —dijo una voz por el emisor mural, y parpadeó una vez la luz roja sobre la puerta de comunicación con el Estudio.

—Ya voy —asintió incorporándose. Pasó una mano, retocando mecánicamente sus cabellos dorados y sedosos, cuidadosamente

peinados para la aparición en pantalla. Luego su figura, esbelta, elegante y bien proporcionada, de largas y bien formadas piernas, se movió decidida hacia la puerta de comunicación.

Trataba de olvidar a Lester Wade y sus problemas. Pero no le resultaba nada fácil...

Sin embargo, su sonrisa era en apariencia cordial y risueña cuando su rostro apareció en la pantalla de la cadena de color EBC, para saludar a su público habitual.

—Bien venidos a nuestro programa, señoras y señores —saludó Jessica—. Esperamos que los siguientes treinta minutos de música, noticias y comerciales resulten de su entero agrado y les proporcionen felicidad, alegría y buenos consejos para el resto del día...

Era la Jessica Turner de siempre. La que conocían todos los telespectadores habituales de sus programas. Pero seguía pensando en Lester Wade. Y en Sugar Creole, la muchacha negra asesinada en Harlem la noche anterior. Sólo que nadie podía adivinarlo, contemplando su bonito rostro juvenil, su estilizada belleza rubia, en la pantalla cromática de la televisión en color.

* * *

Riverside Drive era la mejor zona del Harlem negro. Allí también había nutrida población de color. Con una cierta diferencia sobre el resto del gran barrio neoyorquino. Allí, todos o casi todos eran ricos.

Millonarios, grandes artistas de radio, cine y televisión, compositores, artistas mimados por el éxito y la fortuna...

Riverside Drive, la aristocracia del Harlem. Donde el *ghetto* parecía dejar de serlo o, cuando menos, lo disimulaba con una fachada de oropel.

Mahalia Dixon era una de las privilegiadas. Había sido actriz en Hollywood. Y cantante en Nueva Orleans.

Y autora de melodías inspiradas en viejos temas ancestrales.

Mahalia Dixon tuvo éxito en la vida. Era una mujer corpulenta, hermosa aún, de buena y atiplada voz, de gran estilo y personalidad. Además, era rica. Muy rica. Había invertido su dinero en finanzas. Y tuvo éxito.

Ahora, Mahalia Dixon vivía al margen del arte, en su mundo brillante de Riverside Drive. Conducía un lujoso «Cadillac» último

modelo, y tenía la idea de cambiarlo por un coche europeo, más elegante y distinguido que los grandes modelos americanos. Quizá fuese un «Mercedes» o un «Rolls». Podía permitirse esos lujos.

Lo peor en su vida era Lou. Lou Gillespie. Su protegido Lou. El hermoso, joven y rubio Lou. Un blanco que podía llegar a mucho con la música negra. El caso no era nuevo, a fin de cuentas. Estaban Gene Krupa.

Y Mezzrow, que fue ruso. Y otros muchos. Lou no sería ninguna excepción, ciertamente. Tenía talento. Y clase, y presencia. Era buen músico, excelente concertista, gran creador y sutil intérprete. Además era guapo. Arrogante, lleno de viril atractivo. Mahalia se sintió atraída siempre por él. Tuvo que luchar contra muchos prejuicios de gente de ambas razas. En el fondo, todos eran iguales. Se hablaba de racismo blanco contra los negros.

Y ellos no eran mucho mejores, respecto a los blancos. Muchas cosas tenían que cambiar en el mundo, si se quería que la humanidad viviese realmente en paz. Lou había sido mal aceptado por la sociedad de Riverside Drive. Pero eso a él no pareció importarle demasiado.

Mahalia se había preguntado muchas veces si, realmente, Lou estaba enamorado de ella o solamente buscaba su apoyo y su fortuna para subir a lo más alto y rechazarla luego.

Bien. Ahora tenía en sus manos la clave. La resolución definitiva: el contrato para Lou Gillespie. Su éxito seguro en Broadway y donde quisiera. Y una película con grandes artistas de color. Un gran contrato. Muchos miles de dólares. La fama, como premio supremo.

A cambio de eso, tendría que decidir. Sólo podría firmar ese contrato siendo el esposo de Mahalia Dixon. Era la forma de cogerle, de una vez por todas. Una trampa, decía su socio, el empresario que contrataba a Gillespie. Una dorada trampa, opinaba ella. La boda a cambio de dinero, éxito, fortuna...

Lou sólo necesitaba la gran oportunidad para subir. En eso, Mahalia no se engañaba. Ni siquiera su pasión podía cegar sus ojos y oídos. Lou había nacido para el triunfo. Ese contrato se lo pondría en bandeja. Pero ella sería, a cambio, la señora Gillespie.

Sonrió para sí, aparcando el largo «Cadillac» azul brillante en el amplio garaje subterráneo del edificio donde ocupaba toda una

planta, con su vivienda suntuosa, llena de todos los lujos y comodidades. Donde, ahora, la esperaba Lou, como siempre, bebiendo whisky y escuchando grabaciones de música negra por los grandes intérpretes de todos los tiempos.

Mahalia descendió del automóvil, una vez aparcado. Envolvió su cuello y sus hombros desnudos en el zorro plateado que formaba el conjunto suntuoso con su blanco traje de seda, salpicado de pedrería. El vigoroso cuerpo oscuro resaltaba con formas rotundas y macizas, bajo aquel atavío, que hubiera sido aristocrático, de ser Mahalia algo más esbelta y elegante de lo que era. Pero ella era así, y nunca necesitó ser de otro modo para ser quien era y quien había sido.

El ascensor privado la condujo hasta la octava planta, donde residía. La música llegó a sus oídos apenas pisó el alfombrado corredor. Cinco puertas se abrían en el pasillo, pero todas ellas formaban una sola vivienda: la suya, formada por cinco apartamentos unidos entre sí a su antojo. Por lo que le costó aquello hubiera podido comprar una finca en las afueras de Nueva York, entre jardines. Pero ella prefería Harlem. Y en Harlem, Riverside Drive. Había sido su sueño de juventud, cuando aún no era nadie y cantaba por unos pocos dólares durante toda la noche, en cualquier tugurio de la peor parte de Harlem. Ahora tenía fortuna suficiente, no iba a privarse de semejante capricho.

Lou estaba oyendo al viejo Armstrong, en un concierto especial de *jazz* con gran orquesta. Mahalia pudo reconocer la grabación fácilmente. Sacudió la cabeza, avanzando hacia la puerta de entrada, la única habilitada para ella, para Lou y para sus huéspedes y visitas. Había otra, la última del pasillo, para el servicio. Las demás estaban inutilizadas y cegadas, dentro del amplísimo piso.

—Siempre sube demasiado el volumen —se quejó, entre dientes—. Tendré que reprenderle por eso, y tal vez se enfade conmigo y se marche a dar vueltas por ahí...

Pulsó el llamador. Lou no acudió a abrirle. La música seguía siendo excesivamente ruidosa. Volvió a llamar, con disgusto. El gran Satchmo (1) terminó, y automáticamente empezó a sonar una bulliciosa grabación coral de Nueva Orleans. Mahalia se sintió irritada y pulsó largamente el botón de llamada, sin recibir

respuesta alguna.

(1) «Satchmo». Apodo mundialmente famoso del gran Louis Armstrong, el mejor trompeta y músico que jamás dio el jazz, además de cantante personalísimo y genial.

Era pronto aún, aquella tarde. Solamente las seis. Aun así, la música producía excesivo ruido. Y Lou debía haberse dormido, pese a todo. Disgustada, Mahalia buscó en su bolso plateado. Encontró las llaves. Abrió.

Entró en el piso. La puerta-balcón de la terraza aparecía abierta de par en par, pese a los acondicionadores de aire. Un tenue fresco vespertino, húmedo, procedente del Hudson, penetraba por allí, agitando con suavidad las largas cortinas blancas y vaporosas.

Mahalia contempló, con enfado el tocadiscos de sonido estereofónico. Los altavoces difundían la música con excesivo volumen. Los discos giraban, hacinados en el automático...

De Lou, ni rastro. Solamente su alto vaso de whisky, sin hielo ya, sobre la mesa pequeña del gabinete. Raro resultaba que Lou no tuviera hielo en su vaso. No podía tomar el whisky sin hielo, especialmente en verano.

—¡Lou! —llamó en voz alta—. ¡Lou! ¿Me oyes? ¿Dónde andas metido, con ese estruendo en el tocadiscos?

Lou Gillespie no respondió. La sola idea de que hubiera abandonado el piso dejando los discos a toda potencia, enfureció a Mahalia. Tiró a un lado el bolso, a otro el zorro plateado, con el que apareciera en un programa televisado, y comenzó a buscar por la amplia casa algún rastro de Lou.

Otro ruido la condujo al dormitorio. Era un estruendo de disparos y gritos agudos. El receptor de televisión en color le ofreció imágenes policromadas de un filme del Oeste, con más de quince años de vejez. Cerró la televisión, irritada. Aquél era el canal en que ella apareciera esa tarde, pero dudaba que Lou hubiera asistido a su aparición, pese a tener conectado el receptor, tal como prometiera.

Siguió la búsqueda. Ahora la condujo a la biblioteca, completamente desierta también. Luego al gabinete de trabajo y estudio de Lou, con sus instrumentos, piano, partituras, discos, grabadoras y demás material. Allí tampoco estaba. Intrigada, pasó a la sala de juegos y de ejercicios gimnásticos, donde las barras, los pedales y demás elementos de trabajo gimnástico, alternaban con el

gran colchón para practicar judo o ejercicios de violentas caídas, y con el rincón apacible, destinado al ajedrez, a lanzamiento de dardos, a juegos de salón y cuanto fuera preciso para matar el tiempo.

Mahalia Dixon se detuvo, horrorizada.

Allí siempre se había matado el tedio, el aburrimiento, el tiempo de asueto. Pero nunca nada más.

Ahora, algo había matado a Lou. A su Lou.

Gillespie yacía bajo el amplio blanco destinado a dardos. Estaba muerto, sin duda alguna. Numerosos hilos de sangre partían de las heridas producidas por los dardos hincados en su pecho, en su cuello y en su garganta, en su rostro... e incluso en uno de sus ojos, casi vaciado por la púa de agudo acero.

Lou Gillespie estaba rígido, lívido, con su torso desnudo, con su pantalón de deporte, con el juego de dardos blancos y negros claveteados en su cuerpo. Uno en el corazón, otro en la garganta, otro en un ojo... Dardos de larga punta, para clavar en el blanco de grueso corcho, colgado del muro.

Mahalia Dixon lanzó un terrible alarido de angustia, ante la escena. Luego se desvaneció, no lejos de donde yacía sin vida, con un ojo solitario y desorbitado, vidriado por la muerte, su amado Lou Gillespie.

CAPÍTULO V

—BLANCO... y ¡negro!

Rabiosamente casi, Sidney Horne hizo avanzar su alfil negro en diagonal. Lo plantó ante la férrea defensa de las piezas blancas de su adversario.

—Jaque —dijo luego, entre dientes—. Me temo que en dos jugadas más eres mate, Lester.

Wade arrugó el ceño. Estudió el tablero. Sacudió la cabeza de un lado a otro. Finalmente dio un leve empujón a su rey y lo derribó.

—Vencido —confesó con un suspiro—. Tienes razón, Sid. Mate en dos jugadas, No tengo salida. Tu torre y tu dama me cierran toda posible evasión. Has ganado.

—Negras ganan —sonrió Sidney Horne, pensativo—. Pero no pensaba en eso, Lester.

—Te entiendo. Pensabas en... blancas y negras a la vez —señaló Wade el tablero y sus piezas—. El ajedrez asoció ideas, ¿no?

—Algo parecido. Es un problema alucinante, Lester.

—Yo diría que son dos problemas —rectificó, suave, Wade.

Los dos amigos se miraron, por encima del campo de batalla a cuadros blanquinegros. Despacio, el teniente Horne afirmó con la cabeza.

—Sí, son dos —convino—. Pero en el fondo, algo me dice que se trata de uno solo.

—¿Qué clase de problema, exactamente?

—Los asesinatos de Sugar Creole... y de Lou Gillespie.

—¿Un mismo asesino? ¿Una misma mano? —se inclinó Wade—. ¿Es eso lo que sugieres?

—¿Y por qué no? Recuerda, Wade: una chica negra asesinada. Un blanco cerca de ella: tú. Ahora, un blanco muere acribillado con dardos. Una mujer de color está cerca: Mahalia Dixon, que mantenía al guapo y rubio Lou, a quien no negaré su capacidad artística. Un arma en el primer caso: una navaja de empuñadura blanca y negra. Arma en el segundo: dardos blanquinegros. Uno de ellos perforando su corazón. Otro, un ojo. Otro, su garganta, en un punto vital. Esperemos el resultado de la autopsia, Lester. Pero imagino que fue acribillado por esos dardos, estando inconsciente. Quizá le golpearon o drogaron, no sé aún. Luego le asesinaron a sangre fría.

—Entonces ya no es agresión aislada a una mujer solitaria, en plena noche. Ahora se trata de un edificio de lujo, en Riverside Drive. No todo el mundo tiene fácil acceso a él. Y matan a un hombre blanco, ferozmente, en ausencia de su amiga de color. Podría ser un desquite, pero en algo estoy de acuerdo contigo, Sid: parecen crímenes realizados por una misma persona.

—Oh, por Dios, dejaos de una vez de ajedrez y de crímenes —suspiró cansadamente Dinah Horne, la esposa de Sidney, apareciendo en la puerta del gabinete—. La cena está a punto, y son ya las nueve menos cuarto de la noche. Olvidad todo eso y sentaos. Ya se demoró bastante la cena por culpa de ese suceso de Riverside Drive, para que ahora vuelva a enfriarse el asado...

Dócilmente, los dos amigos se encaminaron a la mesa, sentándose a ella. Poco después estaban saboreando la exquisita cena preparada por Dinah, casi dos horas después del momento fijado para ello.

Durante la cena no pudieron cambiar impresiones sobre problema alguno relacionado con Sugar o con Lou. Eso era algo que Dinah prohibía tajantemente, cuando era la anfitriona. Y Sidney sabía que hubiera sido ofenderla gravemente no atender a su arte culinario con el debido respeto y admiración.

Lo que Dinah no podía evitar era que mientras comían sus mentes trabajasen en torno a dos inexplicables asesinatos acaecidos en Harlem, en menos de veinticuatro horas. Dos asesinatos cuya clave oculta, tal vez, fuese común a ambos. Y también su mano ejecutora...

Era una noche apacible. Quizá demasiado calurosa y húmeda. Además se estaba nublando el cielo sobre Manhattan.

—Tal vez llueva mañana —aventuró Horne, pensativo, fumando en su pipa de espuma, muy lejana su mirada.

—Tal vez —convino Lester, asomado a la terraza del piso de los Horne, contemplando el abigarrado y multicolor panorama de aquella zona tranquila y pintoresca de Harlem, cercana a la Ciento Veinticinco—. Pero seguirá haciendo calor.

—Claro. Es la época, Lester. Ya conoces los veranos de Nueva York. Largos y calurosos.

—El calor del verano enciende la sangre —comentó Wade—. Hace a la gente más excitable. Y más violenta también. ¿Has echado una ojeada a los periódicos? Revueltas, tiroteos, choques estudiantiles, reyertas...

—Y crímenes —completó roncamente Sidney.

—Sí. Y crímenes también —lo miró, apagando su cigarrillo—. ¿Sigues obsesionado con eso, Sid?

—No puedo remediarlo. Me viene constantemente a la cabeza. Hay algo siniestro en todo eso, y no sé lo que es. Presiento..., presiento que no ha hecho si no empezar.

—Cielos, no digas eso. Dos personas asesinadas... ¡y sólo ha empezado! ¿Qué más puede suceder después?

—Que maten a otros. A varios más, Lester.

El joven reportero permaneció callado. Contempló la calle. Oyó, en alguna parte, en una vivienda cercana, las notas de Saint Loáis Blues, en algún tocadiscos. Una ventana iluminada, completamente abierta, le reveló, allá enfrente, a una muchacha de color, una mulata exuberante, en sólo dos minúsculas piezas, bailando al compás de la música, en su dormitorio.

Desvió los ojos. Sidney había visto lo mismo que él, y sonreía.

—Sí, pudiera ocurrir —admitió—. El verano es demasiado cálido para todos...

—Sobre todo para ella —señaló, riendo, a la ventana—. Estoy habituado a sus exhibiciones, pero Dinah a veces se siente molesta. Yo no pensaba en un maníaco sexual, sin embargo. Recuerda que también ha matado a un hombre.

—A un hombre blanco, aunque relacionado con el mundo de color —asintió Lester, ceñudo. Volvió a mirar, aun contra su

voluntad, hacia la culebreante figura de la mulata. Por fortuna, la muchacha apagó la luz. Wade resopló, inclinando la cabeza. Añadió, despacio—: ¿Qué piensas hacer ahora, Sid?

—No lo sé. Te pedí que vinieras a cenar con nosotros para charlar sobre Sugar y su muerte. Y, de repente, las cosas se complican con otra víctima. ¿Te has fijado en que todo parece girar sobre esos dos colores, como un carrusel monstruoso? Blanco, negro... Negro, blanco... Ha de tener algún significado.

—Es posible que lo tenga. Pero eso señalaría a un maníaco.

—Sí, es evidente. —Sid vació la pipa, una vez apagada. Siguió el hilo de sus pensamientos, casi mecánicamente—: No ha podido ser hallado aún el viejo John Hot King. Acostumbraba dormir en un albergue de caridad de West Lane. Nadie lo ha visto anoche por allí. Ni es fácil que vaya hoy. Pero si va, lo tendremos. He montado un sistema de vigilancia en torno al lugar. Eso era antes de que cayera Lou Gillespie.

—¿Se supone cómo pudo entrar el visitante de Gillespie sin ser visto y sin provocar la alarma de Lou?

—Se supone, sí. Pudo entrar en el garaje con un coche y utilizar el ascensor privado del edificio. Luego, Lou le abriría, en cuyo caso debemos suponer que le conocía. También pudo haber pasado sin ser visto, cuando el conserje y telefonista se ausentó cosa de tres minutos de su puesto, a causa de una avería en el ascensor general, a la altura del piso undécimo. Por lo visto, algo se había quedado obstruyendo el acceso de las puertas del mismo, y el ascensor no funcionaba.

—¿Qué era ese algo?

—Simplemente, un trozo de moqueta, desprendido del corredor. El conserje regresó inmediatamente a su puesto, y asegura que no vio rastro de persona alguna. Pero si el trozo de moqueta fue despegado intencionadamente, procurando arrugarlo entre las puertas del ascensor, para inmovilizarlo, alguien pudo haber entrado en el edificio al ausentarse el conserje.

—Sólo que eso indicaría la presencia de un cómplice dentro del edificio.

—O de alguien que quería recibir una visita, sin que se supiera. Sí, ya lo he pensado, y eso me hace suponer que tal hecho sería accidental, y el asesino utilizó el camino del garaje, más seguro, si

sabía adonde ir. A Lou Gillespie no me lo imagino sirviendo de cómplice a un visitante para que entrase sin ser visto... a menos que el visitante llevara faldas.

—¿Mujeriego? —los ojos de Lester brillaron.

—Imagina: lo mantenía Mahalia Dixon. Pero ella le llevaba casi quince años y bastantes libras de peso. Lou Gillespie tuvo siempre fama de galante caballere. Suma dos y dos, Lester.

—¿Pudo ser una mujer quien matase a Lou?

—Cualquiera puede drogar o golpear a un hombre confiado y luego coserle a impactos de dardos afilados, hasta matarlo —convino Sidney Horne, encogiéndose de hombros. Su larga y delgada figura se movió hacia el interior de la casa—. Esto es un buen puzzle, amigo mío. Porque el ataque a Sugar pudo venir de una mujer..., pero no parece probable que así fuese. Especialmente, si ese viejo Hot King no fue culpable y sí testigo. Recuerda que te acusó a ti. Por tanto, si se equivocó, confundió a un hombre con otro.

—Una mujer vigorosa puede vestirse de hombre y engañar a un viejo ebrio y torpe —dudó Wade, en réplica—. Bastaría un sombrero, un traje varonil, una máscara para fingirlo así.

—Puede que estés en lo cierto, no sé. Esperemos a ver el resultado de la autopsia. Luego hablaremos con Mahalia Dixon, con personas que conocieron a Lou... y trataremos de buscarle una posible relación con Sugar. Pero va a ser tarea difícil. Muy difícil, Lester.

—Quisiera ayudarte en algo, Sid.

—Ya lo haces. Pero si quieres realmente serme de gran utilidad, busca también por tu parte y a tu modo. Si encuentras alguna cosa con cierto sentido, llámame a casa o al departamento. Seguro que me encontrarás despierto. Me temo que pasaré otra noche en vela...

* * *

—Te agradezco tu presencia ante estas cámaras, Lester Wade, en mi programa habitual de novedades, noticias y música —habló Jessica Turner con su tono profesional, siempre amable y cautivador para los telespectadores.

—Ha sido un placer acudir a tu llamada, Jessie —afirmó Wade, contemplando los objetivos de televisión fijos en ellos, en el Estudio Tres de la EBC—. Después de todo, somos dos profesionales de

parecida especialidad, aunque tú resultas infinitamente más guapa que yo y la televisión en color gana con eso.

Rieron ambos. Luego, Jessica se puso más seria de expresión al formularle la primera pregunta del cuestionario. En el monitor, Wade vio que la imagen se centraba en Jessica, mientras ella formulaba su pregunta, para pasar luego a él, en el momento de la respuesta.

—Lester, ¿es cierto que te has visto mezclado desagradablemente en un misterio policíaco que tiene en vilo a nuestra ciudad?

—Es cierto, Jessie. La muerte de esa gran figura de la música *soul*, que hubiera sido Sugar Creole, me sorprendió cerca de donde ella fue atacada brutalmente, por alguien a quien no se si calificar de sádico criminal. Desgraciadamente, nada pude hacer por evitarlo, e incluso yo mismo me vi en peligro de linchamiento cuando la multitud, enfurecida, pensó que yo podía ser responsable de aquella cobarde agresión.

—Lester, ¿guardas algún rencor a esos ciudadanos exaltados de Harlem que pretendieron lincharte por error?

—No, ninguno —miró Wade a las cámaras—. Sólo les pido que confíen y crean en mi palabra. Si el culpable ha sido un hombre de raza blanca, será la ley tan dura con él como con cualquier otro. Pero no existen indicios claros sobre el color de piel del agresor. No aún, pese a que la policía trabaja activamente en ello.

—Lester, el mundo musical negro se ha visto conmovido por la muerte violenta de otro personaje popular, éste de raza blanca, pero muy ligado al mundo de Harlem y su música: me refiero, naturalmente, a Lou Gillespie, asesinado en un apartamento de Riverside Drive. ¿Crees que ambos crímenes tienen relación entre sí?

—Pudieran tenerla —convino, con cautela, Wade—. Pero eso es cosa que puede contestar la policía, mejor que yo, Jessie.

—Esto no es una encuesta, sino un simple estudio de la situación, para tratar de ayudar a que la opinión pública comprenda que, tanto en la muerte de Lou Gillespie como en la de Sugar Creole puede que no exista el racismo como motivo de odio criminal. Es importante que todos, seamos del color que fuere, lo entendamos así y nos ayudemos mutuamente para buscar al culpable y ayudar a

la policía, si hemos sido testigos de algo.

—Sí, Jessie, gracias. —Miró a la cámara y se vio en el monitor en primer plano, cuando añadió solemne, dirigiéndose a millones de telespectadores—: Señores, a propósito de ello, y puesto que Jessica Turner me da esta maravillosa oportunidad de dirigirme a todos ustedes, sea el que fuere el color de su piel, como amigos y conciudadanos, quiero decirles algo importante: ¡ayuden a la policía a encontrar al asesino! Ignoramos si es blanco o de color. No sabemos si usted, que ahora nos escucha, es de una u otra raza. Eso importa poco. Todos somos humanos. Todos merecemos un mismo trato y una misma ayuda. Todos tenemos derecho a vivir. Todos estamos obligados a colaborar en la defensa de nuestra sociedad, que, contra lo que muchos piensen, no está hecha de colores de piel o de ideas y criterios, sino de simples entes humanos de toda condición, raza e ideología. ¡A todos, les ruego que colaboren! Si alguno de ustedes, el más insignificante o el más poderoso, el más humilde o el más rico, puede recordar algo relacionado con Sugar Creole o con Lou Gillespie, con la muerte violenta de uno cualquiera de ambos..., por favor, llamen a este Estudio de televisión o a la policía directamente. Jessica Turner, su presentadora, y yo con ella, Lester Wade, de programas musicales, les estaremos muy agradecidos. Y quizá, en el fondo, alguno de ustedes haya salvado su propia vida al colaborar en la captura de un ser indigno de continuar suelto entre nosotros...

La cámara pasó a Jessica. Ella, con su luminosa sonrisa habitual, se despidió de los telespectadores, en tanto sonaba la sintonía de su programa, allá al fondo. Lester Wade se levantó de su asiento. Se retiró del set, entre felicitaciones de técnicos y asistentes al programa.

Se cerró la sintonía. Se apagaron los focos del estudio. Jessica fue hacia él. Le detuvo, sujetándole por un brazo.

—Espera, Lester —pidió. Lo miró directamente a los ojos—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Sí —asintió Wade—. Creo que sí, Jessie.

—Vas a atraer muchas opiniones adversas contra ti. De negros y blancos. Pero también habrá algo más que todo eso.

—No me preocupa el alcance político de mi charla. La sangre inocente está por encima de toda política, y tú lo sabes.

—Oh, claro que sí. Pero no es sólo eso. Aparte los blancos que se sientan ofendidos por tus palabras contra toda discriminación, y que por desgracia suelen ser siempre los de mayor influencia en la ciudad, en el Estado e incluso en todo el país, vas a provocar la ira de alguien más.

—¿De quién, Jessie?

—Del asesino.

Hubo una pausa. Tras el silencio, Lester asintió despacio:

—Sí, lo sé —convino.

—¿No te preocupa eso?

—No, en absoluto. Tampoco los blancos iracundos —rio entre dientes—. Cuando oigo rugir a alguno de ellos deseo haber nacido con la piel negra. Luego, sólo me dan lástima. ¿No crees que son dignos de ella, Jessie?

—Es posible. Pero no hablaba ahora de blancos iracundos ni de negros ofendidos. Sólo hablaba de una persona, sea cual fuere su color: el que mató a Sugar Creole. Y si es la misma persona quien mató a Lou Gillespie... tu riesgo será mucho mayor.

—¿Por qué mayor?

—Lester, tú escribes sobre sucesos en tu periódico, alternando con las noticias musicales de Harlem. Deberías saber lo que quiero decir. Es un viejo axioma policial: el que mata dos veces, mata tres.

—Oh, sí. Y el que mata una también puede matar dos. La tesis vale para todo el que mata a alguien en una ocasión. Hay caminos en los que lo difícil es empezar. Luego, una vez en la pendiente, se rueda con facilidad. Y la bola de nieve crece, crece, crece...

—Toda la ciudad te ha visto ahora en televisión. Y te ha oído. Ha sido un alegato virulento. Puede que surjan testigos. Y pistas falsas también. Pero puede que el asesino sienta miedo. Si le preocupas, buscará el modo de silenciarte. Después de todo, tú estabas en donde Sugar murió. Para él, podrías ser un testigo peligroso...

—Claro. También lo será John Hot King, si realmente no fue él quien degolló a Sugar. Por eso no lo mencioné siquiera. No quiero sentenciarlo a muerte.

—¿No sabe nadie dónde está ese hombre? —se interesó Jessica Turner, arrugando su bonito ceño, con aire pensativo.

—No, nadie —negó Lester—. Por eso tengo una idea fija en mi

mente.

—¿Cuál, Lester?

—Buscarlo. A él, antes que a nadie. Quizá sea un modo de llegar al asesino...

CAPÍTULO VI

—**N**O, lo siento. Hace tiempo que no veo a Hot King, Lester.

Wade no pestañeó. Su mirada continuaba fija en Fats Carter, el grueso propietario del Old Jazz Club, El joven reportero insistió:

—Dicen que deambula por todas partes durante la noche, Fats. Sobre todo, donde pueda escuchar música buena, *jazz* del que a él le entusiasmó siempre.

—Sí, lo sé. Antes venía con cierta frecuencia. Le invitaba a alguna copa, incluso porque sabía su situación, Pero de entonces acá, todo ha cambiado mucho. No he vuelto a verle. Dicen que está peor. Más ebrio, más ausente de todo... Lester, ¿por qué lo buscas? ¿Crees realmente que él tuvo algo que ver en lo de Sugar?

—¿Tú qué opinas, Fats? —replicó a su vez Lester, con otra pregunta.

—No sé qué opinar. Se fue de aquí inesperadamente. La busqué en vano. Se había largado ya. Creí que con su novio, ese chico Mezz Malone. Luego resultó que no, Estaba furioso. El comisionado Robeson tenía anunciada su visita, me sentí defraudado, humillado... Pobre Sugar. Nunca debió salir de aquí esa noche.

—Ya es tarde para lamentarse. No tiene remedio, Fats. Mezz dice que estaba asustada, que tenía miedo a algo. ¿Notaste tú en ella alguna cosa rara, esa noche?

—Bueno, pues cantó tan bien como siempre, pero..., pero sí, Lester. Realmente estaba rara. Miraba a todas partes, como..., como temiendo ver algo desagradable.

—Y al fin lo vio: la muerte.

—Dios mío, no hables así —se estremeció, secando el sudor que

mojaba su gorda cara oscura y brillante—. Es terrible...

—Es la pura verdad, Fats, nos guste o no —le escudriñó, agresivo casi—. Pero no vine a hablar de Sugar, sino de Hot King.

—Oh, ese viejo borrachín... No sé, Lester, ya te dije. No lo veo hace tiempo. Y espero no verlo más en lo sucesivo.

—Si él no mató a Sugar, pero vio al que lo hizo, seguro que no lo verás —dijo lúgubremente Lester Wade, apurando su combinado y poniéndose en pie, en medio de la «cava» desierta, sin clientela ni música, a aquellas horas de la tarde.

—¿Qué..., qué has querido decir con eso? —se abrieron mucho los redondos ojos de Fats, al hacerle la pregunta.

—Justamente lo que dije —sonrió extrañamente Wade, caminando hacia la salida—. Recuerda, Fats, que un asesino anda suelto por Harlem y aún no sabe nadie quién es. Ni siquiera si es negro como tu piel... o blanco como la mía.

Sabía que Fats Carter no se ofendía por sus palabras. Que para Lester Wade llamar a una persona «blanco» o «negro» no era discriminatorio, sino simplemente expresivo. Además, parecía que el dueño del Old Jazz Club estaba demasiado preocupado, quizá incluso asustado, para sentirse ofendido por palabra de más o de menos.

Cuando Lester pisó la calle, el sol estaba nublado, el aire era húmedo y caliente, y olía a sulfuro. Recordó un comentario de Horne, la noche antes, en su vivienda: «Quizá llueva mañana»...

Quizá lloviera, sí. Y no tardando mucho.

Echó a andar, pensativo. Buscar a Hot King era como hurgar en el pajar, tras la clásica aguja. Nadie lo había visto últimamente. O eso decían, cuando menos. Se preguntó si no mentiría alguien, en su albergue habitual, desaseado y mísero, o en los numerosos locales de música negra que iba recorriendo.

—Entre, Wade. Y no intente nada, o le agujereamos su cochina piel descolorida.

Sabía cuándo decían algo en serio o en broma. Y esto no era broma, ni mucho menos. Tampoco lo era el cuerpo rígido y duro que se hincaba en su costado, amenazador. Miró de soslayo al joven negro, de pelo rizado. Y observó que el bolsillo de su cazadora de dril azul oscuro se adhería a su cuerpo, con la mano del joven de color dentro. La mano... y algo más sólido y contundente.

Miró a un lado. El automóvil se paró junto al bordillo, con la portezuela abierta. Era un viejo «De Soto» de tres o cuatro años de antigüedad, color gris oscuro.

Conducía otro hombre de color. Y esperaba un tercero en el asiento de atrás.

Entró. Le siguió su captor. Cerróse la puerta. El coche arrancó suavemente. Apareció el objeto en los dedos oscuros y largos del flaco joven. Lester se felicitó de no haber intentado ninguna tontería. Era una automática de calibre 32, con cilindro silenciador prolongando su cañón oscuro, pavonado. Podía matarle sin hacer más ruido que una botella al ser descorchada.

—Bueno —dijo Lester, con un suspiro—. Y ahora, ¿qué?

* * *

El «De Soto» rodaba silenciosamente por Harlem. Dentro, tres hombres de color, jóvenes todos, se mantenían silenciosos también. Uno al volante. Los otros flanqueando a Lester Wade, su cautivo.

El reportero los estudiaba de soslayo, sin despegar tampoco los labios, tras haber recibido el mutismo por toda respuesta. Eran todos muchachos muy jóvenes, ciertamente. Vestidos a la usanza actual. Descuidados, con indolencia. Ropas grasientas, de cuero o dril, collares, pelo rizado, símbolos pacifistas. Y otros que no lo eran tanto. El que conducía, exhibía una «esvástica» en el cuello, unida a un cordón de cuero.

A su lado, el primer ocupante del coche lucía una rala barbita de chivo y un estridente conjunto amarillo y violeta. Tras la interminable pausa, el propio Lester rompió de nuevo ese silencio:

—¿Panteras Negras? —indagó.

Uno se encogió de hombros. Otro contemporizó:

—Puede —dijo, sin comprometerse.

Seguían rodando. Wade sentía inquietud, pero no miedo. Sabía que lo más que podían sucederle a un hombre en apuros es morir violentamente. Era una idea que había aceptado muchas veces, aunque nunca se alistó para Vietnam.

—¿Un secuestro? —se interesó.

—¿Usted qué cree? —le replicaron, con una mueca irónica.

—No sé qué creer. Sería ridículo. No valgo gran cosa. Nadie pagaría por mi rescate. Ni siquiera en billetes confederados, si queda alguno por ahí.

—Eso no tiene gracia —le reprochó uno de ellos.

—Me lo temía —suspiró Wade, asintiendo—. ¿Oyeron mi charla por televisión?

—Sí —convino el del volante—. Habla mucho. Demasiado a veces. Esta es una de ellas. ¿Por qué no se calla de una maldita vez, Wade?

Era algo más que una indirecta. Lester Wade optó por apretar los labios y no replicar nada. Iban a alguna parte, y debía permanecer callado entretanto, pensó. Si le llevaban a la tumba, el silencio continuaría indefinidamente, pero era uno de los riesgos que debía correr.

Entraron en un pasaje privado. Altos muros marcaban la existencia de alguna factoría. Un portalón engulló el coche. Tras ellos cayó un cierre metálico, que se ajustó completamente. Alguien encendió luces en una vasta nave. Luces altas, colgando de un oscuro vacío resonante, donde el motor de un coche retumbó huecamente. Al final, se detuvieron.

—Ya puede bajar, charlatán —le dijo el de la barbita.

Y el muchacho de color del pantalón de cuero lo hizo pasar, abriendo la portezuela y saltando afuera, pistola a mano. El panorama, en la vasta nave vacía de la factoría, era fantasmal, casi alucinante. Las luces parecían flotar en el vacío y derramar chorros de luz ruda en el tétrico panorama.

Retumbaron huecas pisadas. Un hombre se aproximó a ellos, pausado, bajo las luces verticales. Su sombra se estiró inverosímilmente en el suelo surcado de trazos luminosos.

—¿Opuso resistencia? —preguntó con voz sorda, que rebotó de muro en muro y llegó al techo altísimo.

—Ninguna —dijo el joven negro del arma de fuego—. Pero habla mucho.

—Eso no importa —rio huecamente la voz del descomido—. Venga acá, Wade. Y perdone el modo de invitarle a venir.

—¿Invitarme? —rio entre dientes Lester—. Vaya, no sabía que ahora recibía ese nombre...

—Deje los sarcasmos a un lado. Imaginé que iría en busca de indicios. Volvió a Harlem, Wade. Eso no es conveniente para su salud, ¿no se ha dado cuenta?

—Claro. Pero igual da morir de reuma que de un atasco de

plomo. Es cuestión de aceptarlo filosóficamente...

—¿Por qué ha vuelto? ¿Tiene madera de héroe, acaso?

—No. Quiero saber quién mató a Sugar Creole, eso es todo.

—Sí, ya le oí por televisión. ¿Sabe que se ha ganado la antipatía de casi todo el mundo, con ese programa? Los blancos deben despreciarle. Nosotros no queremos convivencias, sino lucha, violencia incluso. Los paternalismos ya no conducen a nada.

—De modo que son Panteras Negras. El odio por bandera. Nada de lo que dijo un hombre llamado Luther King...

—Ustedes lo quisieron. Y siguen queriéndolo así. Por mucho que le duela admitirlo, Wade, uno de ustedes mató a Sugar. Ningún hombre de color lo hubiera hecho.

—¿Y quién mató a Lou Gillespie? —replicó secamente Lester.

—Eso nos tiene sin cuidado. Era un blanco, aunque tocara música nuestra.

—No, no les tiene sin cuidado. Están intentando engañarse a sí mismos, y lo saben. La mano que acabó con Sugar terminó también con Gillespie.

—¡Miente! —le replicaron—. No hay ninguna evidencia de eso.

—No, no la hay. Pero ambos sabemos que es así — miró al hombre de manos oscuras, que permanecía erguido bajo las luces verticales y distantes. Una especie caperuza de punto de lana enmascaraba a medias su rostro y su cabello. Los ojos le brillaban por las amplias aberturas de la curiosa máscara—. Un tipo loco, quizá muy inteligente, anda suelto por Harlem. Ya mató a dos personas, y se ignora la razón. Puede ser de su raza o de la mía, no lo sé. Sea de la que fuere, debe pagar sus crímenes. Y todos, absolutamente todos debemos unirnos en eso, por encima de ideas y de politiquerías.

—No tengo interés en colaborar con nadie —le replicó heladamente el otro—. No somos Panteras Negras como usted dijo. Pero formamos una asociación similar. Nuestro credo es el camino de la violencia para hacer valer los derechos de nuestra raza, nunca la convivencia. Hay cosas que ya no pueden servir, que quedaron definitivamente atrás, ¿entiende?

—No, no entiendo nada —suspiró Wade—. Yo hablo de asesinos, no de violencias ni de modos de convivir. Pero ya que me tienen aquí, me gustaría saber por qué me secuestraron para hablar aquí

de algo en lo que no podemos estar de acuerdo. Y aunque lo estemos, ¿a qué conduciría?

—A algo muy eficaz para nosotros, Wade. Usted se ha dado cuenta de lo fácil que es darle caza. Igual que lo hemos secuestrado, pudimos haberle asesinado. Eso es lo que haremos, en breve plazo, fuera o dentro de Harlem, si no acepta el pacto que le ofrezco.

—¿Qué pacto? —se interesó Lester Wade.

—Su ayuda a cambio de la nuestra. Sólo eso.

—Supongamos que acepto. ¿En qué consisten una y otra ayudas?

—La suya en hablar de nosotros por televisión y en sus artículos. En justificar nuestros postulados, y admitir que la culpa de todo es del actual *establishment*.

—Yo nunca justificaré la violencia. Pero imaginen que les disculpo ante la opinión pública, en cierto modo, y ello sirve de propaganda a su movimiento político. ¿Qué me ofrecerían a cambio?

—Ayudarle a cazar al asesino.

Hubo un silencio. Lester Wade los miró fijamente. Tras la pausa, preguntó con voz tensa:

—¿Por qué no le han ofrecido ese pacto al teniente Horne?

El enmascarado sacudió la cabeza, hundiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta, antes de comentar con voz glacial:

—Porque el teniente Horne no tiene un programa de televisión ni una columna en un diario, Wade.

—Ya. ¿Cómo espera poder ayudarme en eso, quienquiera que usted sea?

—Lo sabrá en su momento. No necesito explicarle mis recursos. Somos el movimiento de Violencia Negra. Es significativo, ¿no? —rio entre dientes, bajo el punto de lana de su caperuza.

—Muy significativo —asintió Wade, seco. Meneó la cabeza—. No. No puedo apoyarles. Hagan lo que quieran, pero no les apoyaré. Sólo puedo prometerles comprensión para su postura. Y alguna publicidad, claro.

—¿Ni siquiera peligrando su vida aceptará colaborar con nosotros, Wade? —amenazó su interlocutor.

—Ni siquiera así. Rotundamente, no.

—Bien —inclinó la cabeza. Paseó, con sonido hueco de pisadas en el amplio recinto vacío y lóbrego—. Me gusta lo que usted dijo.

Sí, me gusta. Sé que no miente. De haber dicho otra cosa, sabría que estaba salvando su vida con embustes. Y no tendría fe en usted. No creería en su palabra. Me gustan los hombres que son fieles a sí mismos, por encima de todo. Usted me ha caído bien, Lester Wade. No es uno de esos sucios charlatanes de televisión, que tanto abundan.

—Hay quien no opina igual —rio Lester—. Sobre todo, en televisión...

—Bromas aparte, Wade. Estamos de completo acuerdo. Hable como le dicte su conciencia. Yo haré lo que la mía me dicte. Espero que esta entrevista resulte favorable para ambos. Y productiva, sobre todo. Tengo tanto interés como usted en hallar al asesino de Sugar y de Lou, si es la misma persona. No es ésa la forma de violencia que yo pregonó. Nunca el asesinato. Existen otros medios de llevar la violencia hasta lo más alto, y exigir unos derechos que, por medios pacíficos, nunca se alcanzarían.

—Es su criterio, ¿no?

—Sí, conforme. Es mi criterio. Pero será válido, por esta vez. Puede irse. Si falta a este convenio, lo sentirá. Pero sé que no va a fallarme.

—No he prometido nada aún. Sólo dije que les concedería comprensión. Y hablar de su punto de vista.

—Bien. Prométalo, Wade.

—¿Sin coacciones?

—Sin coacciones. Puede irse, diga lo que diga. Sólo que si promete algo deberá cumplirlo, por encima de todo —el hombre erguido en medio de la vasta nave en penumbra se acercó unos pocos pasos más, haciendo resonar profunda, huecamente, sus pisadas breves.

—Prometido. No sé quién es usted, pero le prometo ayuda en su tarea, aunque no conduzca a nada.

—Es suficiente, gracias. Puede irse. Dejadle ir, muchachos. Lester Wade es todo un hombre, creo yo. Y confíe en algo: Violencia Negra buscará al asesino. Sea quien fuere.

—¿Aunque sea uno de color? —dudó Wade, antes de dar media vuelta calmosamente, para iniciar su salida; del recinto.

—Aunque sea uno de color —afirmó el enmascarado—. O blanco, Wade.

—Conforme —sonrió Lester. Y se alejó lentamente hacia la salida.

Los jóvenes negros alzaron el cierre, inexpresivamente. Lester Wade pasó junto a los dos, mirándoles con gesto hermético. Nadie le tocó. Poco después pisaba el suelo oscuro, terso, del asfalto callejero. El almacén en sombras quedó atrás, con sus hombres de oscura piel y su ambiente tenso. Ellos confiaban en un blanco. Lester quería que esa confianza no fuese defraudada en el futuro. Pero ignoraba cómo cumplir mejor tal trámite, estando como estaba en desacuerdo con la violencia racial.

No había sentido miedo alguno estando cautivo de los miembros de aquel grupo virulento de hombres de raza oscura. Ahora sentía más incertidumbre que cuando era un simple cautivo. Pero también sabía que tendría algo que hacer a cambio de una ayuda, quizá inapreciable. El mundo negro de Harlem, quizá por primera vez, iba a cooperar en secreto con un hombre de otra raza. Eso podía ser el principio de algo. De algo mejor que la violencia, el odio, la intolerancia y todo demás.

Al menos, el asesinato de Sugar podía servir de algo. Lo único positivo, quizá, en una turbia historia de sangre y de misterio como aquélla.

Se alejó. Encontró un taxi, allá en un cruce cercano, que le costó identificar, en los límites de Harlem con Riverside. Regresó a su casa. Pensando en Violencia Negra. Y en muchas otras cosas...

Cuando llegó a su vivienda le esperaba un mensaje en la centralilla telefónica. Se lo entregó el conserje, con una aclaración que resultaba innecesaria, al conocer aquel texto:

—Es urgente, señor Wade. Muy urgente, dijeron.

Lester pasó sus ojos sobre el texto. Comprendió la urgencia. Y un escalofrío sacudió su cuerpo, naciendo en la espina dorsal y subiendo hasta poner erizados los cabellos de su nuca:

«Lester:

»Ha habido un tercer suceso. Te espero en Concert Room, en la calle Ciento Cuarenta. Ven lo antes posible. Es importante.

»Sid«

Dio las gracias al conserje. Y en vez de subir a su piso a descansar, por supuesto, se encaminó otra vez de regreso a Harlem.

Concert Room era un local de lujo. Realmente suntuoso, cerca de la Biblioteca del Sur y del Savoy Ball. Allí no había discriminaciones raciales de ningún género. Se representaban, por un igual, óperas de blancos o negros, conciertos de una o de otra raza, y a solistas de cualquier color, siempre que su categoría fuese excepcional... y su estilo encuadrado dentro del jazz.

Rodeado de policías uniformados, de coches patrulla y de curiosos, el Concert Room perdía bastante de su prestancia, pero seguía siendo un lugar selecto.

Lester Wade se encontró con Sidney Horne a la puerta del edificio, entre cortinajes color caramelo y sobrios carteles de un concierto de jazz.

—¿Qué ha ocurrido esta vez? —se interesó Lester, ceñudo, parándose ante su amigo.

—Ven conmigo —dijo Sidney Horne—. Lo verás en seguida...

Entraron en el edificio. Cruzaron el amplio vestíbulo, para entrar en la sala de conciertos. Las luces de la platea estaban encendidas. También el escenario, desprovisto de otro atributo que no fueran los cortinajes color marrón de sus bastidores y bambalinas.

Wade se quedó repentinamente inmóvil, en medio del pasillo central de la platea, al enfrentarse con aquel horrible espectáculo.

—Oh, no... —jadeó—. No es posible, Sid...

—Sí, lo es, Lester. Hasta ahora, hemos tenido dos muestras de violencia criminal. Dos víctimas: una negra y otra blanca. Ahora, justamente, tenemos algo más. Mucho más. Dos víctimas en esta ocasión. Una blanca... y otra negra.

Aturdido, Lester Wade clavó sus ojos en aquellos dos cuerpos, ahorcados de las cuerdas del escenario, pendiendo sobre la escena vacía como dos formas incongruentes y atroces.

Eran dos cuerpos semidesnudos, de ropas rasgadas y sangrantes. Dos cuerpos. Un hombre y una mujer.

Esta vez, ella era blanca. Y él, de color...

Blanco y negro para el crimen, una vez más.

CAPÍTULO VII

LA cuerda produjo un agrio chasquido al ser cortada. El cuerpo cayó entre los brazos del enfermero, que resopló.

Siguió el otro cuerpo, con un nuevo crujido de sogas rota. Otro enfermero se ocupó de aquel cadáver. Con dificultades, ambos fueron depositados sobre el escenario cubierto por un linóleo gris brillante, como un espejo.

Lester Wade contempló la lúgubre operación en silencio. Su mirada se cruzó con la de Sidney Horne. Ambos hombres se mantuvieron callados. Pero su mutuo gesto fue expresivo.

Los cuerpos, recogidos por los enfermeros, fueron depositados en camillas. Luego, se les condujo afuera del escenario. Arriba, colgando de las bambalinas, se quedaron aquellas dos cuerdas, deshilachadas, como sogas sin ahorcado. Pero como un doble símbolo, también, de la muerte inexorable, devastadora...

—Bien, Sid —masculló Lester—. Ya tenemos dos más... Han cambiado de técnica, ¿eh? Ahora son por parejas...

—Pero igual marca personal, Lester —hizo notar el teniente, con fría ira—. Blanco y... negro. Un diabólico juego. Un auténtico horror en dos colores. Siempre iguales víctimas: una de cada raza.

—Las armas no fueron esta vez de color blanco y negro —hizo notar Wade—. Sólo dos vulgares sogas como patíbulo. Dos cuerdas de un telar escénico, Sid...

—Te equivocas —señaló fríamente Horne—. Mira eso, por favor... Son las cuerdas de los telares seis y once, Están ahí, en ese muro...

Wade miró entre bastidores. Se estremeció. Para mejor

identificación de los tramoyistas del teatro, los telares mostraban sus cuerdas respectivas con franjas de color. Blanco para los pares, negro para los impares.

El seis y el once... Cuerdas de telar. Blanca y negra...

—Vaya —Lester inclinó la cabeza—. Sigue la racha...

—Sí. Sigue la racha —convino sordamente Sidney—. Ya viste a las víctimas. El viejo no volverá a hablar de lo que vio aquella noche. John Hot King, el antiguo rey del *blues*... Nadie sabe qué podía hacer aquí dentro. Quizá lo trajeron sin vida. Como a esa muchacha de raza blanca, Alma Tyreen. Sus cuerpos parecen torturados previamente, lacerados hasta el desvanecimiento... o la muerte. La autopsia lo dirá al final.

—Ya. ¿Qué dijo la autopsia en el caso de Lou Gillespie, Sid?

—Golpeado hasta la inconsciencia. Por la espalda. Tenía hematomas en la nuca. Luego, le cosieron a impactos de dardos afilados. Seguramente, se ha repetido la técnica. Salvo en el caso de Sugar, todos parecen seguir parecido procedimiento, Lester.

—Pero... alguien notaría algo aquí dentro, en este teatro...

—No, no es fácil. Es solamente un local para conciertos. Se abre de vez en cuando. Aquí actuó muchas veces Hot King, en el pasado. Quizá el pobre diablo vivía en los fosos. Se supone algo parecido. Alma Tyreen, aunque de raza blanca, era un caso como Lou Gillespie: cantaba *blues*, *spirituals* negros y todo eso. Iba a hacer su presentación la próxima semana, justamente en este local. Acaso ella ensayaba, King escuchaba... y el asesino sorprendió a ambos. Quizá eso nunca lo sepamos, hasta dar con el criminal. Sospecho que los abatió, les golpeó ferozmente, y luego los colgó de esas cuerdas de tender decorados... Un doble crimen espantoso, Lester. Y que complica más aún las cosas, por si no estaban lo bastante complicadas...

—Bueno, Sid. Ya son cuatro víctimas... y continuamos sin saber nada de nada.

El joven teniente paseó por el escenario, malhumorado, las manos hundidas en sus bolsillos. Se volvió de repente a Lester. Le apuntó, amenazador, con el dedo índice de su mano diestra.

—Y tú, mientras tanto, ¿qué has hecho, aparte de lanzar bravuconadas desde el espacio de televisión de tu amiga Jessica?

Wade sacudió la cabeza. No se anduvo con rodeos:

—Poco, Sid. Poco o nada, lo confieso. No entiendo lo que está ocurriendo, pero... creo que, hasta ahora, todos estamos fracasando lamentablemente.

—Es la mayor verdad que he oído decir hasta ahora, caballeros —dijo una voz a su espalda.

Y al volverse la figura arrogante, severa y autoritaria de un hombre de raza negra, de blanquísimo cabello rizado, de traje impecable, color gris perla, avanzó resueltamente por el patio de butacas, seguido de una muchacha esbelta, cimbreante, de piel color canela, ojos grandes y oscuros, boca carnosa, sin la habitual prominencia de las mujeres de color, y también sobria y elegantemente vestida con un conjunto juvenil, color rosa suave.

—Lo que faltaba... —jadeó entre dientes Sidney Horne—. El comisionado Lionel Robeson, de Harlem..., y su sobrina Pearl, especializada en Antropología, y también, desgraciadamente, en política ciudadana...

* * *

—Bien, teniente Horne. ¿A qué conclusiones ha llegado nuestro brillante cuerpo de policía de Harlem?

Sidney inclinó la cabeza, confuso. Su voz sonó apagada:

—Me temo que a nada definitivo ni práctico, señor. Por lo tanto, nada brillante tampoco. Si he de serle sincero, seguimos en tinieblas, dando auténticos palos de ciego.

—Y ya van cuatro muertos —recitó el comisionado Robeson.

—Cuatro, señor —admitió Sidney—. Podrían haber matado a dos docenas, y seguiríamos del mismo modo.

—Vaya, ¿y aún lo confiesa con ese cinismo, teniente Horne? —se escandalizó el político de Harlem.

—Prefiero pecar de cínico que de hipócrita, señor —suspiró Horne—. Hay alguien interesado en matar de un modo especial, como el que juega al ajedrez. Blanco, negro, blanco, negro... Parece una obsesión. Siempre existen los dos motivos aludidos, en cada crimen. Pero no parece significar nada. Me pregunto qué persona puede tener el menor interés en deshacerse al mismo tiempo de Sugar Creole, de Lou Gillespie, de Alma Tyreen y de John Hot King.

—Dos blancos y dos negros —resopló el comisionado, arrugando el ceño.

—Más aún: mujer negra, hombre blanco; mujer blanca, hombre

negro. Navaja de empuñadura con cachas blancas y negras. Dardos blancos y negros. Cuerdas de telares de dos colores: blanco y negro, según su color...

—Es demasiado —se irritó Robeson—. No puede ser casual.

—Claro que no, comisionado. Pero todos nos preguntamos qué puede ser...

—Cobra usted para dar respuestas a sus electores, teniente. La gente confía en sus representantes legales. No les defraude, o en las próximas elecciones todos nos iremos al diablo.

—A mí no me preocupan las elecciones, comisionado Robeson —le replicó acremente Sidney Horne—. Me preocupan las personas muertas. Y las que pueden morir si un maníaco, obsesionado con el blanco y el negro, sigue su extraño juego sanguinario...

—El teniente tiene razón, tío Lionel —terció suavemente la joven mulata con voz risueña. Se estremeció, mirando las dos cuerdas deshilachadas, colgando de las bambalinas—. Deja que él haga su trabajo, y ocupémonos nosotros del nuestro.

—Es la primera cosa sensata que he oído en mucho tiempo —refunfuñó Sidney, de mala gana—. Señorita Robeson, hágale ver a su tío que estamos haciendo todo lo posible por hallar una solución al enigma, pero nos estrellamos lamentablemente con toda clase de obstáculos. Hot King podía ser un culpable perfecto. Pero está muerto. El asesino lo eliminó, y con él perdimos al único testigo de la muerte de Sugar Creole.

—¿El único? —una sonrisa tenue, maliciosa, asomó a los labios sensuales de la joven y provocativa muchacha de piel canela, que se movió, cimbreada, hacia Lester Wade. Le señaló, con cierta ironía—. Creí que ese joven también estaba allí...

—Es cierto —admitió Lester, malhumorado—. Estuve allí, señorita. Pero no vi al asesino.

—Muchos hombres de color dicen en Harlem que usted fue ese asesino —sentenció ella, con tono incisivo.

—Y usted..., ¿qué dice? —le replicó Lester, con agresividad.

—Nada —ella pestañeó, burlona—. Me limito a decir lo que oí. No le acuso, Wade.

—Pues lo parecía. ¿Es usted antropóloga, político... o policía, señorita Robeson?

—Solamente estudio Antropología, cultivo la política por

colaborar con mi tío Lionel, y me hubiera gustado ser policía por vocación —sonrió la joven mulata, con agresividad—. Naturalmente, estoy convencida de que no tuvo nada que ver con ese crimen.

—Menos mal. Gracias por su confianza —replicó Lester, sarcástico.

—No obstante..., usted pudo ser tan testigo de lo ocurrido como el propio Hot King...

—No lo fui. Llegué un poco tarde para eso. Ya habían matado a la chica, y King se recuperaba de la agresión sufrida, sin duda a manos del criminal. Pero me confundió a mí con él. Eso quiere decir... que en el fondo pensaba que podía ser yo quien mató a Sugar y le atacó a él.

—Eso acusaría a... un hombre de raza blanca, ¿no cree? —sugirió ella, irónica.

—La noche engaña, sobre todo si se tienen los ojos gastados y la mente nublada por el alcohol, señorita Robeson —manifestó Wade, con acritud—. Ese era el caso de Hot King. Su testimonio, a menos que hubiese podido identificar sin lugar a dudas al culpable, era muy dudoso.

—¿Cree usted que lo identificó? —era el comisionado quien hacía ahora la pregunta, con tono desabrido y lleno de interés.

—Me hubiera gustado preguntárselo al pobre Hot King —suspiró Lester—. Pero los muertos no hablan, comisionado...

Le miró Robeson, ceñudo. Luego, se retiró a un lado con el teniente Horne, para discutir en voz baja algún aspecto del problema en curso. Wade se quedó ante la muchacha vestida de rosa. Ella le estudió, burlona. Irguió la figura y se acercó a él.

—¿De qué lado está, Wade? —se interesó.

—Perdón. ¿Decía usted, señorita Robeson...?

—Quería saber a quién pretende ayudar, si a nosotros... o a su gente.

—Para mí no existen «nosotros» ni «vosotros». Sólo inocentes o culpables. Dignos o indignos.

—Tal vez no le hice bien la pregunta. ¿Le gustaría acusar en su emisora de televisión a un negro como culpable de estos crímenes?

—Me gustaría acusar a alguien concreto. Sería señal de que sé quién es. Eso me causaría un gran alivio.

—¿Alivio? ¿Por qué? —se burló la joven sobrina del político, casi con desafío—. Usted no corre peligro. Es popular, es amigo del teniente Horne... y tiene su piel muy blanca.

—También la tenía Lou Gillespie. Y Alma Tyreen, señorita Robeson.

—Oh, no me dirá que teme ser... ¡asesinado! —rióse burlona ella, en su misma cara.

—No sé, señorita Robeson —replicó Lester, incisivo, echando a andar hacia la salida del escenario del Concert Room—. Pero usted es una bella muchacha de color... y yo un famoso reportero de piel blanca. Teniendo en cuenta que nuestro misterioso y maníaco asesino gusta del blanco y negro como motivo de sus crímenes..., ¿por qué no pensar que ambos podríamos ser sus futuras víctimas ideales?

Y rio entre dientes, de buena gana, ante el gesto de sobresalto de la bella joven, en tanto se alejaba por el teatro vacío.

* * *

—Me parece una salida particularmente cruel, sobre todo con una sobrina del comisionado Robeson —se quejó Jessica Turner, ayudando a Dinah a preparar el *pudding* de carne antes de introducirlo en el horno.

—Pues a mí me resulta divertido —rio Dinah—. ¿Qué cara puso la jovencita, Sid?

El teniente Horne sacudió la cabeza, dirigiendo a Lester una mirada de reproche.

—Cuando él se marchó, creí que estaba a punto de morder. Pero es una chica inteligente, y sabe dominarse. Incluso llegó a sonreír y todo cuando se despedía.

—Todo un curso de diplomacia, ¿eh? —rio Jessica, de buena gana.

—Sí. La que habitualmente le falta a Lester cuando se pone furioso —rezongó Horne, sirviendo los Martini—. Jessie, ten cuidado cuando le llesves a algún otro programa de televisión. Es capaz de arruinártelo para siempre en cinco minutos.

Todos rieron de buena gana, levantando sus copas. Las chocaron, bebiendo el combinado. Jessica y Dinah se quedaron solas en la cocina, hablando de sus cosas. Los dos hombres, con sus Martini, se encaminaron al gabinete.

La terraza estaba forzosamente cerrada. Llovía con fuerza, afuera, cumpliéndose los presagios de Horne. El calor era húmedo y bochornoso, pero eso no reducía la intensidad del aguacero, que rebotaba, salpicando de agua los cristales.

Los dos amigos se quedaron mirando con aire pensativo. Fue Sidney Horne quien habló primero con tono grave:

—Ya tenemos el resultado de la autopsia de Hot King y de Alma Tyreen, Lester.

—¿Y bien...?

—Lo que imaginamos: primero les dejaron inconscientes, y les golpearon brutalmente hasta causarles la muerte o el estado de coma. Entonces les colgaron de las sogas del telar, y subieron éstas, quizá usando la manivela mecánica. Cualquiera pudo hacerlo, no importa la fuerza que tuviese. El mecanismo lo hace todo, si las víctimas están sin vida o agonizando.

—Es un doble crimen, realmente salvaje, monstruoso.

—Todos lo son, Lester. No puedo comprender lo que sucede —se exasperó Sidney.

—¿No existen motivos en ningún caso?

—En ninguno, que yo sepa. Además, cuando se trata sólo de un crimen, siempre se busca el motivo, pero siendo varios...

—No olvides un detalle ya antiguo, Sid: Sugar sabía algo, y tenía miedo.

—No lo he olvidado. Es posible que eso nada tuviera que ver con su muerte. O sabía que alguien conocido de ella era un enfermo mental, y proyectaba asesinar a algunas personas para dar salida a sus pasiones contenidas. Al menos, con Sugar hay un motivo. Con Lou Gillespie, ninguno.

—¿Has investigado a su amiguita?

—¿Mahalia Dixon? Por supuesto. Nada de nada. Es rica, estaba encaprichada de Lou, e iba a convertirse en su esposa. Es todo, Lester. Nadie, en esas circunstancias, mata a su hombre.

—¿Ni por celos?

—Ni por celos. Lou no se los daba últimamente. Ella tiene coartada para la tarde en que asesinaron a Lou. No, Lester. No vale tampoco por ahí, créeme.

—Mahalia es rica, ¿no? Su boda con Lou podía perjudicar a alguien...

—No, no —rechazó riendo Sidney Horne—. Ella no tenía familia. Sólo una hermanastra, hace años.

—Las hermanastras no se evaporan, Sid. ¿Dónde está ella?

—Era mucho más joven que Mahalia. Desapareció de circulación. Parece ser que murió en Sudamérica, de modo que olvida también eso. Es ridículo buscar motivos. Estamos ante un enfermo mental. Se obsesiona con dos colores.

—Ya sé: blanco y negro —suspiró Lester Wade. Sacudió la cabeza, ceñudo—. Sigamos la otra forma de ver las cosas. Ya sé, ya sé lo que vas a decirme. No hay motivos. Pero no perdemos nada con dar un repaso a las víctimas. John Hot King, por ejemplo...

—El viejo borrachín dormía en los fosos del Concert Room. Se ha demostrado ya. Hallamos objetos suyos, una botella de ron vacía... y unos viejos discos con su orquesta. Grabaciones de setenta y ocho revoluciones por minuto, ya sabes. Todas con Hot King como solista...

—Sí, ya sé. King se escondía en el teatro. Pudo morir por ser testigo de un crimen. Tal vez identificó al asesino.

—Tal vez, no te lo discuto. Pero al mismo tiempo mataron a Alma Tyreen, una muchacha de raza blanca, que cantaba *blues*, e iba a actuar en el Concert la próxima semana. Debió suceder durante un ensayo de ella, a solas en el teatro. El conserje le dio entrada y la dejó actuando. Entonces le llamaron para que fuese a recoger los decorados que trasladaba una furgoneta, a la parte posterior del teatro. Allá acudió nuestro hombre. Esperó en vano, durante media hora. La furgoneta no llegó. Nadie ha confirmado esa llamada. Pero al volver adentro, Hot King y Alma Tyreen estaban muertos. Ni rastro del asesino. Ni un ruido durante la espera, aunque la puerta posterior queda lejos del escenario, y si alguien hubiera chillado, la voz no hubiese llegado a oídos del hombre...

—Todo bien medido, ¿eh, Sid?

—Muy bien medido, sí. Si algo no es nuestro asesino, es precisamente tonto. Rebosa método, frialdad, inteligencia.

—Y locura, puesto que no tiene motivos.

—Sí. Sobre todo, eso: locura, Lester... Una terrible e inexplicable demencia criminal, que le conduce a esa matanza sangrienta e inexplicable...

Hubo una pausa. Solamente el rumor tenue de voces, allá en la

cocina, de las dos mujeres hablando, y el golpeteo sordo de la lluvia en los cristales, alteró el silencio.

Luego, mientras paladeaba su Martini, de espaldas a Horne, Lester hizo una pregunta como al azar:

—Sid, ¿qué sabes de Violencia Negra?

—¿Violencia Negra? —Horne pegó un respingo. Se dirigió a él. Le rodeó para encararle—. ¿A qué viene eso, Lester?

—Sencillamente, te hice una pregunta.

—Y yo, otra.

—Bueno, he oído comentarios en el periódico, en la televisión...

—¿Seguro? ¿No sorprendiste la conversación mía con el comisionado, en el escenario del Concert Room?

—No, en absoluto. Te repito que es algo que he oído en otra parte, Sid. No sé lo que hablasteis Robeson y tú, palabra.

—Pues lo vas a saber —silabeó Sidney con disgusto—. El comisionado está furioso con muchas de las cosas que suceden en Harlem. Una de ellas es... Violencia Negra.

—¿Un movimiento como los Panteras, Sid?

—Quizá peor. Tienen método y sangre fría. No son apasionados. Se supone que lo dirige alguien de mucha fuerza y prestigio entre los de mi raza. Y de mucho dinero también. Los jóvenes prefieren la violencia hoy día. Sobre todo, los resentidos. Entre mis gentes hay demasiados resentidos. No toda la culpa es de la sociedad blanca tal vez..., pero sí una gran parte. La verdad, creo que ninguno hacemos realmente nada por mejorar el mundo, si lo analizamos fríamente. Y ésa es la pura verdad. Entonces, los muchachos creen que por medios violentos puede alcanzarse algo. Tú sabes que eso no es posible.

—Claro —asintió Wade—. Pero ellos no.

—Ahí está lo malo; ellos, no. Les llenan la cabeza de tonterías, les enseñan que el mundo debe cambiar, a tiros o a golpes... y se lo creen. Al final, ellos reciben esos golpes, el mundo sigue igual o peor, y ellos ven aumentar su resentimiento y se creen oprimidos y sojuzgados. Es un problema muy complejo, Lester. Entre todas las razas del mundo. Pero en Harlem alcanza una especial virulencia. El comisionado va a basar su próxima campaña política en ese punto. Sólo que antes quiere... la verdad en el caso de los crímenes en blanco y negro.

—Te diré algo, Sid —suspiró Wade— No podría engañarte, pero esto es confidencial. Tremendamente confidencial. Prométeme que no lo revelarás a nadie...

—No puedo —rechazó el joven policía negro, lealmente. Le miró, con ojos muy brillantes y fijos—. Sabes que no puedo. Sería ridículo mentirte a ti, amigo mío. Si lo que me digas está reñido con mis obligaciones de policía, no lo menciones, o tendré que actuar de un modo que a ti no te gustaría.

—Aun así, te lo diré —sonrió Wade—. Nadie va a sacarme más de lo que yo quiera decir, a menos que me inyectes *pentothal* sódico. Me secuestraron hoy, Sid.

—¿Qué? —se irguió, sorprendido, Horne.

—Cuando acababa de llegar a casa, recibí tu mensaje y acudí al Concert Room. Unos jóvenes de color me llevaron a un viejo almacén abandonado. Un enmascarado habló conmigo. Era el dirigente de Violencia Negra.

—¿Podrás llevarme a ese almacén, Lester? —preguntó él, incisivo.

—No. Pero aunque pudiera hacerlo, no te llevaría. Por otro lado, dudo que encontres a nadie allí. O no me hubieran dejado ir.

—Puede que tengas razón. Sigue. ¿Qué sucedió?

Lester se lo refirió, con breves palabras. Sidney le escuchó en silencio. Cuando iba a responder, aparecieron de nuevo Dinah y Jessica, procedentes de la cocina. La esposa de Horne y la rubia presentadora de televisión reían entre sí, comentando algo. Pusieron en la mesa una fuente de ensalada y otra de fiambres, como aviso de que la cena iba a comenzar en breve.

—Vamos, terminad la charla misteriosa —dijo Dinah, risueña—. Es el momento de olvidarse de todo lo que no sea hacer los debidos honores a la mesa.

—Incluso los crímenes son tema prohibido hasta después del café —rio Jessica.

Lester y su amigo se miraron un instante. Parecieron aceptar, de modo tácito, aquellas alegres prohibiciones. No volvieron a hablar de lo que tanto les preocupaba.

Al menos, hasta que sonó el teléfono, repiqueteando insistente, ya a los postres. Dinah, Jessica y los dos hombres se miraron entre sí, preocupados. Finalmente, fue Horne el que acudió a descolgar el

receptor.

—¿Sí? —preguntó—. Sidney Horne al habla... Sí, un momento, por favor...

Tendió el teléfono a Lester. Este enarcó las cejas.

—¿Para mí? —se sorprendió.

—Eso han dicho. Preguntan por el señor Wade —asintió Horne, irónico.

—Es raro... Nadie sabe que estaba aquí esta noche...

—Tal vez alguien te siguió —dijo Horne, sarcástico. Y se sentó, sin añadir más.

Wade acudió al teléfono. Preguntó, con voz alerta:

—¿Quién llama? —un gesto de extrañeza. Asintió—: Sí, soy Wade...

La voz que preguntara por él sonó lejana, ahogada:

—Wade, espero que coopere. Ya tengo algo para usted.

—¿Sí? —Lester frunció el ceño. Supo de quién se trataba—. ¿Qué es lo que tiene?

—Información.

—¿De qué tipo?

—Quizá importante. Es sobre los asesinatos. Su amigo, el teniente Horne, ha dicho algo a un periodista; algo sobre «blanco y negro», ¿entiende?

—Creo que sí —se mordió el labio inferior—. Es sólo una teoría de él...

—Quizá esté en lo cierto. Hemos averiguado algo. Un hombre murió, por obsesionarse con el blanco y el negro...

Lester Wade sintió una excitación inesperada. Aquello parecía prometedor. Apremió:

—Siga. ¿De qué se trata?

—De un asesino casi olvidado. Fue un gran músico de jazz. Escribió lo que los periodistas de su época llamaron dramáticamente *Los blues de la muerte*. ¿Sabe algo de eso?

—No, nada —su mirada se cruzó con la de Horne, la de Dinah, la de Jessica. Todos parecían entender que «algo» se estaba revelando a través del hilo telefónico en la misteriosa llamada—. ¿Hay más?

—Sí, lo hay. Puede consultarlo en la hemeroteca de su propio periódico, pero Duke Oliver fue un famoso pianista y compositor.

También un conocido asesino. Pudo haberse salvado, alegando demencia. Prefirió no hacerlo. Prohibió a su abogado que reclamase el testimonio de los psiquiatras. Y se le ajustició por asesinato. Doble asesinato, Lester.

—¿Doble? —repitió Wade, presintiendo algo más.

—Sí. Mató a su mejor amigo, Tatum Turpin, un famoso saxo. Y a una mujer blanca... La esposa de Oliver, que le engañaba con ese amigo... Duke Oliver amaba a su esposa de raza blanca. Tenían una hija... Nunca se supo nada de ella. Ni se sabe, Wade. Pero busquemos su pista ahora. ¿Sabe por qué?

—No... —susurró Wade, sudoroso—. ¿Por qué?

—Porque Duke Oliver tenía un famoso sobrenombre en el mundo del *jazz*, por el que fue conocido, incluso al ir a la silla eléctrica... Ese apodo era... Duke Dominó,

—Cielos..., Eso significa...

—Sí. Eso significa que vivió bajo el signo del blanco y el negro. Mató a un negro y a una blanca. Interesante precedente, ¿verdad, Wade? Le diré algo más, si llegamos a averiguarlo. Pero recuerde: tiene que hablar de Violencia Negra. Aunque no quiera defendernos..., pero hable de nosotros públicamente. Forma parte del pacto...

Antes de que pudiera responder nada, colgaron con un seco «clic». Wade regresó despacio a la mesa. Las dos mujeres le miraron con interés. Horne, con intensidad y recelo.

—¿Y bien, Lester? ¿Qué fue eso? Hablasteis largo y tendido, tú y tu interlocutor... —dijo con ironía Horne.

—Sí —afirmó Lester despacio—. Hablamos de una historia trágica..., en blanco y negro.

CAPÍTULO VIII

DUKE OLIVER. O Duke Dominó, como le habían llamado hasta ser ejecutado en la silla eléctrica...

La fotografía era bastante nítida. Lester la examinó, pensativo.

Tenía algo que le resultaba familiar, pero no hubiera sabido decir el qué. Quizá le recordaba las facciones de alguien. Alguien a quien no localizó en sus recuerdos. La dejó a un lado, ceñudo. Y estudió las fotografías de una hermosa y serena mujer de raza blanca, esposa del que había sido aristocrático caballero de color del teclado del piano. Y, a la vez, gran compositor de *blues*. Cuando la mató a ella y al joven saxo Tatum Turpin, su mejor amigo y discípulo, le hallaron tocando sus últimos *blues* al piano, como en trance. Por eso llamaron a la pieza *Los blues de la muerte*.

Dejó la fotografía del joven Tatum junto a las del matrimonio Oliver. Tres personajes de un triángulo trágico y olvidado. Tres nombres para la historia de la crónica negra. Y un personaje más olvidado aún: una joven hija del matrimonio trágicamente roto. Una muchacha llamada Daisy... No había fotografías de ella. Ninguna fotografía. Entonces era una niña. Acaso había sido oscura como su padre. O mulata...

Era todo lo que el periódico pudo facilitarle. La hemeroteca, poca cosa más. El hecho ocurrió dieciocho años atrás. Era demasiado tiempo. La gente había olvidado. El nombre de Duke Oliver o Duke Dominó se quedó perdido en el tiempo.

Sin embargo, un viejo titular del diario, ante los ojos pensativos de Wade, parecía resucitar antiguas raíces de un moderno drama sangriento:

«Muerte en blanco y negro.

»Tras matar a su esposa de raza blanca y al amigo de raza negra, Dominó interpreta al piano sus *blues*.»

Blanco de piel, negro de piel... Blanco y negro de teclas de piano... Blanco y negro de un apodo: Dominó.

Y de eso hacía casi veinte años... La pista de la pequeña se perdía. Era natural que la familia hubiese procurado apartarla para siempre de aquel lastre psíquico del doble crimen y la ejecución paterna...

«Pero ahora esa muchacha tendría veintidós o veintitrés años... —reflexionó Lester Wade, mordiéndose el labio inferior—. Acaso tenga esposo, novio... Acaso haya sabido algo de repente. Y ella o su esposo, por ese trauma mental, hayan vuelto a... Oh, no, suena demasiado fantástico. Como un mal guion de película. Esos complejos de culpabilidad freudiana no acostumbran a ser frecuentes, ni siquiera razonables...»

Cerró, con disgusto, el volumen de diarios antiguos, encuadernados. Volvió el mismo a su estante. Se encaminó a la salida, con la cabeza dando vueltas al enigmático puzzle recién intuido.

Abandonó los archivos de su periódico. Llegó a la redacción. Estaban esperando su reportaje de aquel día, para la siguiente edición. El material hallado podía ser útil. Tal vez hiciera demasiado daño a alguien, pero no podía evitarlo. Era un modo de afrontar los hechos con crudeza, con valentía. Si aquél no era el auténtico origen de los hechos, y se trataba solamente de una fantástica coincidencia, éste era el momento de salir de dudas. Aunque fuese destrozando, en parte, una vida humana.

A fin de cuentas, el silencio tampoco resolvía siempre todas las cosas. En especial, si ese silencio podía favorecer una nueva serie de sangrientos delitos...

Empezó a teclear en la máquina, resueltamente. Le repugnaba hacerlo, pero no se volvió atrás. El titular de su columna de sucesos quedó pronto redactado:

«¿Qué se ha hecho de la hija de Duke Dominó? Casi veinte años después, los hechos parecen repetirse, y alguien mata bajo la obsesión de un trágico juego en blanco y negro...»

—¿La pequeña de Duke Dominó? —Mezz Malone y su amigo Fats Carter, el gordo propietario del Old Jazz Club, se miraron, perplejos, antes de que el joven animador respondiera—: No, no tengo la menor idea sobre eso...

—Tú eres muy joven para acordarte de Duke —suspiró Fats, entornando los ojos—. Ah, el viejo Duke... Un gran pianista. Actuaba siempre con smoking blanco. A la gente le dio por llamarle Dominó. Y a él le gustaba.

—¿Tú lo recuerdas, Fats? —se interesó Lester, animoso.

—Sí, claro que lo recuerdo —golpeó con su mano rolliza, enjoyada, la primera plana del diario—. Pero esto no me suena bien, Lester. No escribiéndolo tú, claro... Eres cruel al desenterrar viejos recuerdos, al desempolvar miserias humanas...

—Lo sé —asintió Wade, avergonzado—. Busco algo, Fats, eso es todo.

—¿Algo o... a alguien? —puntualizó el gordo propietario del Oíd Jazz.

—Tal vez a alguien, sí. Tú eres listo, Fats.

—No soy tonto —rio él—. Creo, realmente, que Duke enloqueció. Su esposa era buena amiga de Tatum, pero no le engañó nunca. Duke había sufrido un accidente, un golpe en la cabeza... Pudieron haberle salvado, examinándole clínicamente...

—No quiso él, según creo. Prefirió pagar su delito en la silla eléctrica.

—Era un gran tipo. Debió comprender su error. Y optó por purgarlo.

—Eso quedó atrás. Dios habrá juzgado ya a Duke y a los demás, Fats. Yo busco a alguien vivo, no a un espectro del pasado.

—Te entiendo, Wade. Pero esa chica también parece un espectro del pasado...

—Sé que no tengo derecho a destrozar su vida ahora, si vive lejos de todo eso, pero he pensado también en otras personas: en Sugar... —miró a Mezz Malone, y el joven se irguió, clavando en él sus ojos—. Y en todos los demás...

—¿Qué es lo que piensas, Wade? —se interesó Fats.

—En una vieja herencia demencial. En un retorno al pasado, repitiendo el *leit motiv* de aquel crimen obsesionante: blanco... y negro.

—Creo que te equivocas, Lester —sentenció el negro gordinflón—. Ya te dije que no era un enfermo mental. Simplemente, recibió un golpe en un accidente de circulación, y eso lesionó su cerebro. Esa clase de demencia no se hereda.

—Es verdad. Pero la obsesión puede heredarse, si uno se encierra en olvidar, en negar una verdad... y ésta se queda latente en el subconsciente...

—No sé —resopló Fats Carter—. No soy psiquiatra, Lester. Pero si supiera quién es esa chica, y dónde vive ahora, o bajo qué nombre..., nunca te lo diría.

—Esperaba esa respuesta —resopló Wade, de mal humor. Miró a Mezz—. Al menos, trata de ayudarme tú, muchacho, si aún recuerdas con cariño a Sugar...

—No sé nada de eso, pero indagaré —prometió Malone, enérgico—. Por el recuerdo de Sugar, haré lo que sea... Oh, por cierto, Wade, ¿no es posible que aquel viejo músico que fue testigo de la muerte de Sugar... conociese a Duke Dominó? Si ambos eran viejos artistas...

—Ya oíste eso, Fats —Wade se volvió, rápido, hacia Carter—. ¿Qué puedes responderme?

—Sí, maldita sea —refunfuñó el obeso empresario de color con aire de fastidio—. Hot King llegó a tocar con Duke Oliver en la misma orquesta... Pero eso no tiene nada que ver en el caso...

—Es posible que no —Wade se encaminó a la salida del Old Jazz—. ¿Te vienes, Mezz?

—Sí, Wade. Vine a charlar un rato con Carter, precisamente por Sugar... Sigo intentando averiguar qué pudo ser lo que a ella le asustó aquel día, pero nadie parece saber nada. No lo entiendo...

—Estás en mi mismo caso —suspiró Lester—. Y en el del teniente Horne, y toda la policía de Nueva York, muchacho...

* * *

—...Y, a continuación, señoras y señores, el programa especial de hoy, dedicado a la música típica de Latinoamérica, que yo he aprendido a amar, conviviendo durante años con sus intérpretes más idóneos, en todos los países que les acabo de presentar en este mosaico de melodías, termina hasta una nueva edición, donde les prometo tenerles al corriente de nuevas canciones, noticias y, naturalmente, temas de actualidad. Mañana, personalmente, el

comisionado Lionel Robeson, de Harlem, les hablará de la delincuencia juvenil entre la población de color, y posiblemente de temas relacionados con los que han empezado a llamarse «los crímenes en blanco y negro», según definición afortunada y enigmática de nuestro querido colega Lester Wade, de la cadena EBC y de la sección diaria de espectáculos y sucesos, en la columna «Última edición»...

Cerró el programa con la sintonía habitual. Jessica Turner dejó de sonreír estereotipadamente a los invisibles espectadores de su programa, recogió los apuntes del guion, y acudió tras las cámaras, adonde la esperaba Lester Wade, escuchando con una sonrisa su actuación.

—Como siempre, enhorabuena —dijo Wade, risueño, guiñándole un ojo a la bella muchacha—. Y, desde luego, te dejaste en el tintero al pobre Sid. Pudiste mencionar que el autor de la teoría de los crímenes «en blanco y negro» es él, aunque yo me haya apropiado de su idea para mi artículo, en busca de la misteriosa hija de Duke Oliver.

—¿Sabes ya algo sobre ella y su posible existencia? —se interesó Jessica, caminando con él hacia la cafetería de los estudios.

—Tengo su partida de nacimiento nada más. Ya es algo —suspiró Wade.

—Oh, eso es mucho —Jessica clavó en él unos ojos enormemente curiosos—. ¿Qué has averiguado por ese documento?

—Que tenía cuatro años al producirse la tragedia. Y dos cuando su padre sufrió el accidente que alteró su equilibrio mental. Por tanto, no pudo heredar nada enfermizo. Ahora tendrá, por tanto, veintidós años.

—Tres menos que yo —sonrió Jessica, pensativa—. ¿Será bonita, Lester? ¿Vivirá, en realidad?

—Nadie lo sabe. Su rastro se pierde. Alguien la adoptó, y ahí mueren los informes. No hemos podido saber el nombre de su padre adoptivo. Pero sí sabemos algo: la muchacha no tiene la piel blanca como su madre...

—Entiendo —suspiró Jessica Turner—. ¿Facilitará eso su búsqueda?

—En Harlem hay medio millón de personas de color —sonrió Wade—. En todo Nueva York, ocho millones largos de personas de

toda raza y color. Puede ser algo, pero ¿quién sabe?

—Si quieres, puedo ayudarte con mi programa. Pero tú tienes el tuyo propio, y supongo que vas a hacer un llamamiento, en busca de esa misteriosa damita...

—No sé qué hacer. Si su padre fuese loco de nacimiento, cabía la herencia., pero así...

—¿Y la obsesión?

—Es una posibilidad a tener en cuenta, no la olvido... —miró Lester su reloj—. Bueno, Jessie, dejemos todos esos desagradables asuntos. ¿Qué tal si vamos a cenar juntos esta noche?

—Ya he terminado mi trabajo, y me disponía a ir a casa a descansar —suspiró ella—. He pasado todo el día deambulando en busca de noticias y, al no encontrar nada, improvisé ese programa musical de Sudamérica. Mañana tienes tu propio espacio, y no puedo «pisarte» las noticias que Horne me ha relatado sobre tus pesquisas...

—No te preocupes —masculló Wade—. Mañana hablaré, primordialmente, de Violencia Negra.

—¿Vas a hacerles publicidad, realmente? —se nubló la mirada de Jessie.

—No. Ellos saben que no lo haré, pero se conforman con mi modo de ver las cosas. Diré lo que opino de la violencia, aunque también hablaré de quienes tienen la culpa de que algunos apelen a ella como único medio a su alcance. Espero que resulte bien el espacio.

—Si no te dinamitan el coche durante el resto de la semana, será señal de que resultó perfecta —rio de buena gana Jessie, colgándose de su brazo—. Ahora, vamos a cenar, querido. Acepto tu ofrecimiento.

No habían llegado aún a la puerta del restaurante del edificio EBC, cuando alguien voceó a Wade:

—¡Eh, le llaman al teléfono! ¡Es urgente!

Lester arrugó el ceño. No esperaba ninguna noticia buena, pero tal vez eran sus extraños amigos de Violencia Negra, con nuevas noticias, pensó.

Se acercó al supletorio del corredor. Le conectaron. La voz inconfundible del teniente Horne resonó, allá lejos:

—Wade, puedes ir añadiendo otro nombre a la lista —dijo con

tono sombrío.

—¿Qué? —pestañeó Lester—. ¿Quién esta vez?

—Alguien que había quedado con vida la anterior: Mahalia Dixon, la amiguita de Lou Gillespie. Está ahogada en un baño de blanca espuma lechosa, en su lujoso apartamento de Riverside Drive... Al menos lleva allí cuatro o cinco horas. Blanco y negro otra vez, Lester...

CAPÍTULO IX

EL automóvil rodó por la ciudad, descendiendo Riverside Drive, sin entrar en Harlem.

Lester Wade conducía el vehículo con expresión sombría, la vista perdida ante sí, en el paisaje ciudadano. Había llovido ligeramente a primera hora de la noche. Eso aumentó la humedad de la noche, aunque redujo un poco la alta temperatura veraniega.

—¿Te llevo a cenar, Jessie? —preguntó, al fin—. Se hizo un poco tarde, pero...

—No, déjalo —rechazó su joven compañera—. Eso arruinó ya nuestra cena. No resultó muy agradable ver a esa pobre mujer en el baño de espuma, asfixiada con una blanca media de algodón...

—Por dos veces visitó la muerte esa casa, Jessie. Y otra vez dejó su extraña firma en blanco y negro... Oh, todo esto parece cosa de locos. No tiene sentido.

—Pero resulta espantoso —suspiró la joven—. Ya son cinco víctimas... y continúa todo en la oscuridad más absoluta. Ese maníaco suelto por ahí, esperando, acaso, matar a otra persona, y a otra, y a otra... ¿Cuándo terminará, Lester?

—No lo sé —resopló el reportero. Sacudió la cabeza, virando hacia Amsterdam Avenue—. Todo es incongruente, falto de lógica... Como un rompecabezas alocado, donde las piezas no encajan.

—Los crímenes de los locos nunca tienen lógica o razón de ser, Lester —le recordó ella gravemente.

—Cierto, sí. Y en esta ocasión, se supera todo lo imaginable. Me gustaría imaginar lo que piensa el asesino, cuál va a ser su próximo paso... y por qué lo dará, Jessica. Pero sé que eso es imposible...

Descendieron por Amsterdam, sin reducir la marcha. Wade parecía realmente desconcertado, furioso consigo mismo, por hallarse en aquellas tinieblas tan absolutas. Jessica le puso una mano en el brazo, tratando de darle aliento.

—Recuerda que no eres tú el policía, sino Sidney —le dijo—. Si él no ve nada claro, ¿cómo esperas lograrlo tú?

—No sé... —inclinó la mirada, al detenerse en un semáforo. Respiró hondo—. Es que, a veces, he tenido una extraña idea...

—¿Extraña? —enarcó las cejas Jessica—. ¿Qué clase de idea?

—Oh, no me hagas caso, pero llegué a pensar que alguien nos estaba engañando con una farsa sangrienta y espeluznante.

—¿Engañando? No logro entenderte, Lester...

—Quiero decir que todo esto, esa danza de gente asesinada ferozmente..., era como un espejismo. Una mentira, en suma. Algo así como adornar algo de tal modo que el objeto decorado acababa por desaparecer, mezclándose entre los adornos. ¿Lo entiendes ahora?

—No, Lester, en absoluto.

—No me sorprende —jadeó Wade—. Es una tontería, ya te dije. Pero se me ocurrió en ocasiones. Me dije que..., que un criminal tan astuto como sanguinario y carente de piedad, había buscado una coartada monstruosa para sus crímenes...

—¿Una... coartada?

—Eso dije, sí. Una terrorífica coartada de sangre y horror. Sencillamente, tenía que matar a una o dos personas... y todo lo demás era innecesario. Un simple truco. Espejos y espejos que repiten las imágenes hasta confundirle a uno...

El semáforo cambió de nuevo al verde. Wade siguió adelante. Jessica Turner, asombrada, seguía el hilo de sus pensamientos.

—Pero..., pero todo eso sería... realmente espantoso —murmuró—. Matar por matar...

—Horne tiene una teoría, que comparten muchos policías. El que mata una vez, mata dos, tres o cuatro, Jessie. Sobre todo, si el motivo merece la pena. Es lo que me hizo dar vueltas a la teoría, pero terminé desterrándola de mi mente.

—¿Por qué, Lester?

—Porque no encontré el motivo. Sugar Creole no podía beneficiar a nadie con su muerte, a menos que, por saber algo,

estorbase a determinada persona. Lou Gillespie era un play boy, que iba a casarse con la muy adinerada Mahalia Dixon. Hot King pudo ver al asesino de Sugar, y eso firmó su sentencia de muerte, pero resulta dudoso. Alma Tyreen no tiene relación ya con todos los demás. Cosa que se repite de nuevo en Mahalia, salvo su relación con el ya asesinado Lou... Ella vivía sola, no tiene familia, según parece, desde que una hermanastra suya desapareció hace tiempo... y ahí, de momento, termina todo de un modo aparentemente definitivo, que puede reanudarse cuando maten a otra persona, pongamos por caso.

—Pero entonces, Lester, eso de... del «blanco y negro», no tendría sentido...

—Sí, tendría uno muy concreto. Es lo que más me ha inducido a pensar en semejante idea. Es como si el asesino tuviera un gran interés en dejar su firma en cada crimen, para que no haya dudas sobre su autor. Así, se le atribuye una cadena sangrienta que, en el fondo, no es tal, ya que él sólo tuvo interés en matar a una determinada persona.

—No puedo creer que haya nadie capaz de algo así —se estremeció visiblemente Jessica Turner.

—Tampoco yo —sonrió Lester, distraído—. Pero me temo que existe gente capaz de todo. Incluso de matar por matar, como tú dijiste antes...

Siguieron adelante, en silencio. La terrible teoría de Wade parecía pesar sobre Jessica y su mente como una losa de plomo. Al fin, él mismo sacudió la cabeza, enfático.

—Creo que te he preocupado en vano —musitó—. Olvida lo que dije. Es seguro que estoy completamente equivocado, y que quizá la misteriosa hija de Duke Dominó o cualquier otra persona, ande tras este festival de sangre... ¿Te llevo a alguna parte, Jessie?

—Sí, por favor —murmuró Jessica, mirándole con dulzura. Trató de sonreír, todavía impresionada—. A casa, te lo ruego. Mañana quizá me sienta de mejor ánimo para ir a alguna parte juntos, pero ahora prefiero descansar... y olvidar esa espantosa posibilidad que has sugerido.

—Como quieras, Jessie. Lamento haberte estropeado la noche por tantos conceptos.

—Oh, no te disculpes, Lester. Después de todo, no es tuya la

culpa, sino de un ser que mata, sea por el motivo que sea... y a quien todavía nadie ha podido identificar, desgraciadamente.

* * *

Lester Wade se sentía aturdido. Y confuso, lleno de extraños sentimientos.

Todo había ido mal esa noche. No debió hablar de todo eso a Jessica. Ella era una mujer, después de todo. Y, aunque aparentaba valor y serenidad, resultaba difícil encajar ciertos golpes.

Jessie, su joven compañera de trabajo en la televisión, siempre le había atraído. Desde que ingresara en la EBC, unos pocos años atrás. Quizá dos o tres, no más. Ya venía con experiencia de televisión desde Venezuela y Buenos Aires. Su dominio de los idiomas, su encanto personal y su atractivo le habían abierto camino enseguida, incluso en una ciudad como Nueva York, donde la lucha cotidiana era dura y difícil en cualquier terreno profesional.

De eso, a enfrentarse a una cadena de sangrientos crímenes, había un abismo. Y, aun así, Jessica Turner demostraba valor y sangre fría. No la había visto temblar siquiera cuando se enfrentó a la muerte extraña de aquella mujer de color, Mahalia Dixon, ahogada en su bañera de blanca espuma lechosa, tan en contraste con el oscuro tono de su piel, para no faltar al ritual inquietante de aquel juego de dos colores, a lo largo de toda la serie de muertes violentas con que se enfrentaban...

—Mahalia Dixon... —repitió, en un murmullo.

Sus pensamientos, como un carrusel, iban de una idea a otra, de un nombre a otro, de un suceso de antes a otro actual. Y así incesantemente. Empezaban a dolerle las sienes.

Aparcó frente a su casa. No quería pensar más en Mahalia Dixon. Ni en nadie más, relacionado con aquel maldito caso... Pero resultaba inevitable que ello sucediera, aun contra su propia voluntad. Empezaba a ser como una obsesión.

Por el camino, desde el aparcamiento a su vivienda, fue pensando en el último crimen cometido por el momento. Era raro. Primero Lou, ahora la exuberante Mahalia... Dos muertes distintas en una misma casa. En ambas ocasiones nadie había sido visto, entrando o saliendo del edificio en el que una sola planta era propiedad de la mujer asesinada.

Ahora, la fortuna de aquella ex cantante nadie sabía adonde iría a parar, si no aparecía aquella heredera, su hermanastra...

Se detuvo. Arrugó el ceño. Luego, meneó la cabeza, diciéndose que debía descansar realmente, y dejar de dar vueltas al asunto.

Le ayudó a eso la voz suave, de mujer, interpeándole en la acera:

—Buenas noches, señor Wade. Ha tardado mucho.

Se puso en guardia. Giró lentamente la cabeza. Miró a la mujer que hablaba. Era la última persona a quien hubiese esperado ver allí.

—Usted... —murmuró, sorprendido—. ¿Qué hace aquí, señorita Robeson?

Pearl Robeson, la bella sobrina del comisionado, le sonrió desde debajo de la farola de alumbrado que lucía justo frente a la puerta del edificio de modernos apartamentos donde Wade habitaba.

—Esperarle —suspiró ella—. Llevo bastante tiempo aquí.

—Cielos, ¿y por qué me espera? —se intrigó.

—Si pudiera subir a su casa, se lo contaría con calma —sonrió ella dulcemente.

Contempló, atento, a la joven. Una rara proposición. Miró a todos lados, sin ver a nadie más alrededor. Su perplejidad era evidente. Ella negó con la cabeza, irónica:

—No, no me acompaña nadie, no tema —habló.

—¿Temer? —Lester enarcó las cejas—. Lo que temo es precisamente eso: que haya venido sola. Es una joven soltera, yo también... y la hora es muy avanzada para subir a casa de un hombre.

—Oh, por Dios, no me dirá que es usted uno de esos tipos puritanos que se escandalizan por cualquier cosa —rio ella, entre dientes.

—No, no soy de éstos —negó Wade—. Pensaba en el comisionado. No quiero que me acuse de corruptor ante todos, y me despidan de mi trabajo.

—Le aseguro que nada de eso va a suceder. Él no sabrá que yo estoy en su casa, esté bien seguro de ello. En cuanto a mí misma..., sé cuándo debo ir a la vivienda de un hombre o no. ¿Qué decide?

—Está bien, suba. Pero no veo a qué conduce esto...

—Lo sabrá enseguida —dijo ella, enigmática su expresión.

Subieron juntos. Mientras avanzaban hacia la puerta de su apartamento, ya en la planta quinta, Wade contempló la figura esbelta de la bella joven de piel bronceada, mezcla excitante de razas, taconeando armoniosa ante él, cimbreado sus curvas suaves y llamativas, que ahora ceñía un vestido de un suave tono azul pálido, muy ligero, a través del cual vibraba su carne tersa, de mujer exótica.

Abrió, haciéndose a un lado. Ella entró con sencillez. Wade cerró, pensativo, y dio las luces.

—Disculpe el desorden —dijo—. Es un piso de hombre soltero, por mucho que me lo limpien y cuiden.

—No tiene que disculparse —sonrió ella—. Además, me encanta cómo está...

—Síntese, señorita Robeson, por favor —rogó él—. ¿Toma algo?

—Un poco de brandy con soda, sí. Y algo de hielo —suspiró la joven—. Ah, no vuelva a llamarme «señorita Robeson». Eso me coarta y me quita confianza para hablarle de lo que he venido a tratar. Mi nombre es Pearl. Y me gusta, además.

—Bien, Pearl. Todo estará a punto enseguida.

Puso música en una reproductora de *cassettes*. Música suave,ailable, con ritmo de blues. Sirvió brandy para los dos. Con soda y hielo, como ella pidiera. Chocaron los vasos, y bebieron, sonriendo. Se miraron. Pearl Robeson dejó su vaso sobre un mueble. Parecía decidida a decirle algo. Y se lo dijo.

—He leído su artículo —declaró.

—¿Mi artículo? —Lester se encogió de hombros—. Bueno, escribo muchos. ¿Cuál de ellos, exactamente?

—El que habla de Duke Dominó, exactamente. Y de un viejo crimen pasional, por el que un hombre fue a la silla eléctrica, en vez de ir a un establecimiento psiquiátrico, como debió ser.

—Oh, entiendo. ¿Le interesa el caso, tal vez? —la estudió con viveza.

—Mucho. Tiene que interesarme, Wade. Usted busca a una persona perdida hace años. Una criatura que fue adoptada, y dejó de llamarse Oliver. La hija de Duke Oliver, el asesino, en una palabra. ¿Cierto o no?

—Cierto, sí. ¿Adónde va a parar, Pearl?

—A esto, Wade. Yo soy esa chica. Yo soy Bessie Oliver, la hija del «asesino de blanco y negro», como usted dice...

CAPÍTULO X

—CIELOS... ¿Usted, Pearl? ¿No bromea?

—No, Wade. Soy Bessie. El hermano del comisionado Lionel Robeson, el difunto Walter Robeson, me adoptó. Era músico también. Y gran amigo de Duke. Me apartó del mundanal ruido, y cambió mi nombre de pila y mi apellido. Desde entonces, yo he sido Pearl Robeson.

—¿Quién le contó esa vieja y penosa historia, Pearl?

—Mi propio padre, antes de morir. Luego, tío Lionel la confirmó. Y dijo que no tenía nada de qué avergonzarme, pero que era mejor así. Papá no era un enfermo mental ni un asesino. Le trastornó una lesión, por accidente. Yo no tenía tara alguna, por tanto. Mamá no le engañó jamás con Tatum Turpin, el gran saxo. Pero él tuvo esa obsesión, y llegó a matar a causa de ella. Pobre papá... y pobres todos ellos —sacudió la cabeza—. Fue un terrible drama que pudo haberse evitado si no hubiese fallado el psiquiatra de la familia...

Hubo un profundo silencio. Wade asintió despacio, caminando hasta la joven. La miró directamente a los ojos.

—Es usted muy valiente —confesó—. Una gran chica, Pearl.

—Gracias —apuró su brandy de un trago, quizá para darse ánimos, tras la confesión—. ¿Sigue pensando que la hija de Duke Dominó ha heredado una obsesión criminal, Wade?

—Era sólo una teoría. Olvídela, se lo ruego.

—¿No le resulto sospechosa?

—No, no me resulta sospechosa, criatura. No usted, desde luego.

—¿Porque soy una mujer, quizá?

—No es sólo eso, Pearl. Es que... no me parece culpable, eso es

todo. Instinto, quizá, aunque podría equivocarme.

—Se equivocaría si se fijara en el sexo —suspiró ella—. Una mujer es el asesino.

Wade pegó un respingo. La miró, perplejo. No esperaba esa firmeza en la declaración de la joven.

—¿Bromea? —preguntó roncamente.

—No —negó ella despacio. Luego, buscó en un bolsillo de su vestido azul. Extrajo algo, un papel doblado. Se lo tendió a su anfitrión—. Tome esto.

—¿Qué es? —indagó Lester, tomando el papel.

—Un mensaje. Lo recibí hace días. No sabía qué hacer con él. Ni siquiera tío Lionel lo sabe. He preferido que lo viese usted antes que nadie...

Lester lo desplegó en silencio. El corazón le dio un vuelco.

La letra era desigual, garrrapateada dificultosamente sobre un papel sucio, con redondeles de grasa. Pero su significado claro y rotundo:

«Querida muchacha:

»Cuidado. Yo vi morir a Sugar. La mató una mujer. Vestía de hombre, pero era una mujer. Lo he recordado. Estaba algo ebrio, sufro algunas amnesias alcohólicas... No quisiera que la hija de mi viejo amigo Duke peligrase. No te fíes de nadie, ni de una mujer hermosa... y blanca.

»John King.»

Lester se quedó rígido, releiendo aquel mensaje extraño y patético. Alzó los ojos.

—John Hot King... ¿Cómo le envió esto, Pearl?

—Dentro de un sobre tan sucio como la misiva —sonrió tristemente la joven—. Creí que era una fantasía suya. Luego, apareció muerto en el teatro... y empecé a pensar si no tendría razón el pobre viejo alcoholidado...

—Una mujer hermosa... y blanca —repitió Lester—. Cielos, pero ¿por qué?

—Terminarías descubriéndolo, Lester querido. Por dinero. Por mucho dinero...

Wade se llevó el mayor de los sobresaltos. Giró sobre sí, aturdido, encarándose a la persona que, sin ser oída ni intuida, había aparecido en el gabinete. Iba armada con una pistola

automática, provista de largo silenciador.

Era su amiga y compañera en la estación de televisión de la EBC Jessica Turner.

Y su gesto, ahora, en el hermoso rostro joven y rubio, era el que correspondía a un asesino nato, capaz de todo.

* * *

—Jessie... ¿Qué broma es ésta?

—Ninguna broma, desgraciadamente —susurró ella, mirándoles fríamente—. Hice muy bien viniendo a tu casa apenas me dejaste, Lester... Fue un presentimiento, una corazonada...

—No entiendo bien —Lester sacudió la cabeza—. ¿Cómo pudiste entrar, qué significa ese arma, esas palabras...?

—Una llave maestra no ofrece obstáculos para abrir puertas como la tuya —rio entre dientes ella—. He abierto otras más difíciles. La del piso de Mahalia, por ejemplo. Y por dos veces.

—Jessie... No puede ser cierto. Pese al mensaje de Hot King..., ¡no puedes ser tú! Y, sin embargo...

—Sin embargo, tú acertaste cuando íbamos de camino a mi casa, Lester. ¡Diste justo en el clavo! Una coartada sangrienta. Era eso. Ni Sugar, ni Hot King, ni Alma Tyreen, ni el propio Lou, interesaban gran cosa...

—De modo que... ¡era Mahalia! La última víctima...

—Mahalia, y también Lou, por si acaso se habían casado en secreto —rio hueca, siniestramente, Jessica Turner—. De otro modo, corría el riesgo de que su gran fortuna, una vez muerta ella, pasara... a su querido esposo. O a los herederos de él, si los tenía. Era más seguro matar antes a Lou, luego a Mahalia...

—Entiendo. Tú... su hermanastra. La familiar desaparecida... ¡en Sudamérica! —sacudió la cabeza Wade, muy pálido. Estaba junto a Pearl Robeson. Podía sentir la proximidad de ésta, el temblor leve de su piel cálida, color canela suave, ceñida por el tejido liviano de su traje veraniego, amoldado a sus curvas firmes—. Sí, Jessica. Sudamérica, ¿cómo no se me ocurrió? Tú venías de allí... Eras el eslabón perdido. La persona capaz de matar por un motivo: dinero. Mahalia era rica.

—Más de lo que imaginas —sonrió Jessica—. Más adelante, me presentaré legalmente como su hermanastra. Tengo pruebas de ello. No costará nada heredarla. Habrá pasado un tiempo, y cualquier

pobre diablo habrá pagado por todos mis crímenes, Wade... Incluso por tu muerte y la de esa preciosa morenita que te ha visitado...

—Astuta y cruel como nadie, ¿eh, Jessie?

—Lo he sido siempre. Sólo que hasta ahora no tuve oportunidad de demostrarlo, Lester. La verdad, me preocupó tu teoría. Era demasiado ajustada a la realidad. Yo maté a Sugar, sí. Ya veo que el viejo King recordó, al fin. Estaba segura de que me vio. No me reconocería, pero quizá sí al verme en televisión. Yo vestía de hombre...

—¿Sugar sabía algo sobre ti?

—Lo suficiente, Lester. Mahalia era su amiga y protectora, en realidad. Protegía a otras muchas figuras de la música negra. Mahalia no supo nada de mi presencia en Nueva York. Había pasado tiempo, he cambiado, llevo otro cabello, otro aspecto... Lou sí me identificó por una vieja fotografía... Lou fue quien habló con Sugar, tratando de localizar a Mahalia para advertirle de que su hermanastra blanca, la hija del segundo esposo de su madre, el que murió enfermo en el trópico..., estaba en Nueva York, planeando algo. No sé cómo se enteró, pero lo cierto es que podía causarme mucho daño. Sugar iba a buscar a Mahalia, a advertirla...

—¿Por qué, Jessie? ¿Qué había de peligroso en ti para que Lou Gillespie tuviera miedo... y Sugar también?

—Tonterías —dijo ella, desdeñosa.

—No —negó Wade—. Se ha demostrado que no eran tonterías. Voy a formular otra teoría. Tu padre, muerto en el trópico... Enfermo acaso, ¿no, Jessie? Supongamos que estaba... demente.

—¡Es mentira! —chilló Jessica, airada—. ¡Todos mentían! ¡Papá estaba sano, sólo eran dolores de cabeza y fiebre, un mal tropical, no locura...!

—Sí, Jessie. Estaba loco. Como lo estás tú...

—¡Basta! —gritó ella—. ¡Basta! ¡Calla para siempre, Lester Wade! ¡Tú y esa mujer seréis mis nuevos crímenes en blanco y negro para que la historia antigua de Duke Dominó siga pareciendo el motivo de todo esto, como yo deseo...!

Disparó sobre Pearl en primer lugar. La joven mestiza gritó... y Lester se interpuso justo en ese momento. Sintió el impacto de bala en su cuerpo. Rápido, aferró un pequeño mueble, pese al choque del plomo candente en su carne, y lo lanzó contra Jessica Turner.

Ella recibió el golpe en el rostro, cuando disparaba de nuevo, con un seco ruido de taponazo. La bala se perdió en el aire. Sin embargo, iba a disparar otra vez...

Y ahora, mientras Pearl sollozaba, llena de terror, sujetando al herido Wade, ya nada ni nadie podía evitarlo...

* * *

Los disparos estruendosos llegaron desde la ventana de la terraza. Se quebraron vidrios. Y con ellos, se quebró Jessica Turner.

Su rostro se crispó de horror. Las balas chocaron en su pecho y penetraron en su hermosa figura. Se encogió, lívida. Soltó el arma y se tambaleó.

—Oh, no... —sollozó—. No ahora... Morir... tan cerca... del éxito...

Cayó de rodillas, boqueando. De sus labios escapó un hilo de sangre. Pearl giró la cabeza, sujetando a Lester para que no cayera de bruces, con el costado sangrante y la mirada turbia. Pese a ello, Wade también había vuelto la cabeza, descubriendo en la puerta-balcón de su terraza a aquellos dos hombres jóvenes, enjutos, de color, vestidos de cuero y dril, disparando sus armas contra Jessica Turner despiadadamente...

—Cielos... —masculló—. Violencia... Negra...

—Cumplimos la palabra, Wade —dijo uno de ellos, con fría sonrisa—. Siempre le hemos vigilado de cerca para que no le sucediera nada irremediable... y aun así hemos estado a punto de fracasar lamentablemente... Bien, amigo. Ahora puede hablar de Violencia Negra y reconocer que, a veces, pese a todo, también es necesaria la violencia..., cuando menos contra la propia violencia... Usted, señorita Robeson, llame a la policía y a una ambulancia. Nosotros no vamos a esperar aquí para ser arrestados...

Desaparecieron por la terraza, utilizando la escalera de incendios, sin duda la misma por la que vinieron. Jessica agonizaba en la alfombra. Tomando su arma con mano temblorosa, Pearl fue al teléfono. Llamó al teniente Horne y al hospital...

Luego, regresó junto a Wade. Se puso de rodillas, sin importarle que la sangre del joven periodista manchara su vestido. Y le apoyó en sus muslos, acariciando sus cabellos sudorosos.

Lester sonrió penosamente, sintiendo que iba a desvanecerse.

—Gracias, Pearl... —susurró.

—No se fatigue —sonrió ella—. Estarán aquí en seguida...
Repose, Lester... Repose.

Se inclinó sobre él y le besó la mejilla y los labios suavemente.

A Wade le gustó eso. Y aunque se desvaneció en ese momento, pensó fugazmente que le gustaría volver a probar los labios afectuosos de Pearl Robeson...

F I N